



del Fondo de Cultura Económica

Isaiah Berlin Nacionalismo y sociedad plural



Homenaje a Alí Chumacero

Elsa Cross, Adolfo Castañón y Francisco Hernández

José Luis Martínez •
Un nuevo Cortés mestizo

**Luis Castillo Ledón
y Christopher
Domínguez Michael •**
De y sobre *Miguel Hidalgo*

Gonzalo Celorio •
Vocación y provocación
de la escritura



• Sarah Babb
Nacionalismo
y globalización económica

**• José Antonio
Aguilar Rivera**
La república epidérmica

• Poemas y textos
Alí Chumacero, Paloma
Bravo y Silvia Manjarrez

Fernando Benítez: Imágenes de José Luis Cuevas



Luisa Valenzuela: Incursiones antropológicas





del Fondo de Cultura Económica

DIRECTORA
Consuelo Sáizar Guerrero

EDITOR
David Medina Portillo

CONSEJO DE REDACCIÓN
Adolfo Castañón,
Joaquín Díez-Canedo Flores,
María del Carmen Farías,
Daniel Goldin,
Lorena E. Hernández,
Francisco Hinojosa,
Ricardo Nudelman
ARGENTINA: Alejandro Katz
BRASIL: Isaac Vinic
CHILE: Julián Sau Aguayo
COLOMBIA: Juan Camilo Sierra
ESPAÑA: Juan Guillermo López
ESTADOS UNIDOS: Benjamín Mireles
GUATEMALA: Sagrario Castellanos
PERÚ: Carlos Maza
VENEZUELA: Pedro Tucac

REDACCIÓN
Marco Antonio Pulido

PRODUCCIÓN
Vincula, S. A. de C. V.
IMPRESIÓN
Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V.



La Gaceta del Fondo de Cultura Económica es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, Distrito Federal, México. Editor responsable: David Medina Portillo. Certificado de Licitud de Título número 8635 y de Licitud de Contenido número 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de junio de 1995. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, de fecha 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: PP09-0206. Distribuida por el propio Fondo de Cultura Económica.

Correo electrónico: lagacetafce@fce.com.mx

SUMARIO

SEPTIEMBRE, 2003

- ALÍ CHUMACERO: A una flor inmersa • 3**
ISAIAH BERLIN: Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente • 4
ISAIAH BERLIN: La sociedad plural y sus enemigos • 7
JOSÉ ANTONIO AGUILAR RIVERA: La república epidérmica • 9
ALÍ CHUMACERO: Concordia de vida y poesía • 12
ELSA CROSS: Alí Chumacero: una presencia tutelar • 13
FRANCISCO HERNÁNDEZ: Homenaje a Alí Chumacero a la manera de Mardonio Sinta • 15
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ: Un nuevo Cortés mestizo • 16
CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL: El Miguel Hidalgo de Castillo Ledón • 17
LUIS CASTILLO LEDÓN: Miguel Hidalgo, traductor de Molière • 18
PALOMA BRAVO: Cisne • 19
LUISA VALENZUELA: Incursiones antropológicas • 20
ADOLFO CASTAÑÓN: Cuarteto sextante para Alí Chumacero en sus 80 años • 20
GONZALO CELORIO: Vocación y provocación de la escritura • 23
FERNANDO BENÍTEZ: Imágenes de José Luis Cuevas • 25
SILVIA MANJARREZ: El jaguar y el chapulín • 26
SARAH BABB: El Trimestre Económico y la globalización de la economía • 28



« « Ilustraciones tomadas de *Museo José Luis Cuevas*, FCE/SEP/DDF/Banca Serfín, 1992; y del libro de Alaíde Foppa: *Confesiones de José Luis Cuevas*, FCE, 1975 » »

SEPTIEMBRE, 2003

SUMARIO

A una flor inmersa

☞ **Alí Chumacero**

Cae la rosa, cae
atravesando el agua,
lenta por el cristal de sombra
en que su tallo ahoga;
desciende imperceptible,
clara, ingrávida, pura
y las olas la cubren, la desnudan,
la vuelven a su aroma,
hácenla navegante por la savia
que de la tierra nace
y asciende temblorosa,
desborda la ternura de su tacto
en verde prisionero
y al fin revienta en flor
como el esclavo que de noche sueña
en una luz que rompa
los orígenes de su sueño,
como el desnudo ciervo, cuando la fuente
brotaba,
que moja con su vaho la corriente
destrozando su imagen.

Cae más aún, cae
más allá de su savia,
sobre la losa del sepulcro,
en la mirada de un canario herido
que atreve el último aletazo
para internarse mudo entre las sombras.

Cae sobre mi mano
inclinándose más y más al tacto,
cede a su suavidad de sábana mortuoria
y como un pálido recuerdo
o ángel desalado,
pierde una estela de su aroma,
deja una huella: pie que no se posa
y yeso que se apaga en el silencio.



• Poema tomado de *Páramo de sueños*, publicado por el FCE en 1997 en la colección Fondo 2000.

Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente

☞ **Isaiah Berlin**

► Nuestra casa editorial publicará próximamente la versión castellana de *The Proper Study of Mankind*, antología de ensayos preparada por Henry Hardy y Roger Hausheer para Random House en 1997. El siguiente fragmento pertenece a dicho volumen. Del mismo autor hemos publicado: *Pensadores rusos* (Breviarios, 1985), *Impresiones personales* (Colección Popular, 1992) y *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas* (Obras de Historia, 1992).

No hay necesidad de hacer hincapié en el hecho obvio de que la gran mayoría de los estados soberanos representados en la Asamblea de las Naciones Unidas actualmente han actuado en buena parte de su comportamiento por fuertes pasiones nacionalistas, aún más que sus predecesores de la Liga de las Naciones. Sin embargo, sospecho que esto hubiera sorprendido a los más de los profetas del siglo XIX, sin importar su inteligencia e intuición política. Esto es porque la mayor parte de los observadores políticos y sociales de ese tiempo, siendo o no nacionalistas, tendían en general a anticipar la declinación de este sentimiento. El nacionalismo era visto en Europa, en general, como una fase pasajera. El deseo por parte de la mayor parte de los hombres de ser ciudadanos de un Estado limítrofe con la nación a la que veían como propia, era considerado como algo natural o en cualquier caso despertado por un desarrollo histórico-político del que el crecimiento de la con-

ciencia nacional era a la vez causa y efecto, cuando menos en Occidente. El nacionalismo, como un sentimiento y una ideología no era (y en mi opinión, correctamente) equiparado con la conciencia nacional.

La necesidad de pertenecer a un grupo fácilmente identificable había sido visto, cuando menos desde Aristóteles, como un requerimiento natural por parte de los seres humanos: familias, clanes, tribus, estamentos, órdenes sociales, clases, organizaciones religiosas, partidos políticos, y finalmente naciones y estados, eran las formas históricas para la satisfacción de esta básica necesidad humana. Ninguna forma particular era, tal vez, tan necesaria a la existencia humana como la necesidad de alimento o techo, seguridad o procreación, pero alguna forma de esto era indispensable, y varias teorías se ofrecían para explicar la progresión histórica de estas formas, desde Platón y Polibio a Maquiavelo, Bossuet, Vico, Turgot, Herder, Saint-Simon, Hegel, Comte, Marx y sus modernos sucesores. La ascendencia común, el lenguaje común, las tradiciones, recuerdos, la ocupación continua del mismo territorio durante un largo periodo de tiempo, se mantuvieron para constituir una sociedad. Esta clase de homogeneidad señalaba las diferencias entre un grupo y sus vecinos, la existencia de solidaridad tribal, cultural o nacional y con ello un sentido de diferencia, frecuentemente acompañado de una aversión activa o desprecio por grupos con diferentes costumbres y orígenes diferentes, reales o míticos; y así fue aceptado, tanto para explicar como para justificar el Estado nacional. Los pueblos francés, español, portugués y escandinavo lograron esto mucho antes del siglo XIX; los pueblos, alemán, italiano, polaco, balcánico y báltico, no. Los suizos habían logrado una solución propia única. La coincidencia del territorio del Estado y la nación había sido considerada, en lo general, de-

seable, salvo por los apoyantes de los imperios dinásticos, multinacionales, de Rusia, Austria, Turquía, o por los imperialistas, los socialistas internacionalistas, los anarquistas y tal vez por algunos católicos ultramontanos. La mayoría de los pensadores políticos, ya lo aprobaran o no, aceptaron esto como una fase inevitable de organización social. Algunos esperaban o temían que esto pudiera ser sucedido por otras formas de estructura política; algunos parecían verlo como “natural” y permanente. El nacionalismo —la elevación de los intereses de la unidad y autodeterminación de la nación al nivel del valor supremo ante el cual todas las otras consideraciones deberían, si fuera necesario, ceder siempre, una ideología a la que los pensadores alemanes e italianos parecían particularmente inclinados— era visto por los observadores de tipo más liberal como una fase pasajera debida a la exacerbación de la conciencia nacional rebajada y reprimida forzosamente por gobernantes despóticos ayudados por iglesias subordinadas.

A mediados del siglo XIX las aspiraciones de unidad política y autogobierno de alemanes e italianos parecía en buen camino de realización. Pronto esta tendencia dominante liberaría también a los pueblos oprimidos de los imperios multinacionales. Después de esto el nacionalismo, que era una inflamación patológica de una conciencia nacional herida, se abatiría: era causado por la opresión y se desvanecería con ella. Esto parecía tomar más tiempo de lo que los optimistas vaticinaban, pero por 1919 el principio básico del derecho al autogobierno nacional parecía universalmente aceptado. El Tratado de Versalles al reconocer el derecho a la independencia nacional, aunque alguno fallara en alcanzarla, en cualquier caso resolvería la llamada cuestión nacional. Había, desde luego, el problema de los derechos de varias minorías nacionales en los nue-

vos estados nacionales, pero esto podría ser garantizado por la nueva Liga de las Naciones —seguramente, si había algo que se pudiera esperar que estos estados comprendieran, aunque sólo fuera por su propia experiencia histórica, era la necesidad de satisfacer el ansia de autonomía por parte de los grupos étnicos o culturales dentro de sus fronteras. Otros problemas podrían aún preocupar a la humanidad: la explotación colonial, la iniquidad social y política, la ignorancia, la pobreza, la injusticia, la corrupción, los privilegios; pero los más ilustrados liberales y, ciertamente, los socialistas, asumían que el nacionalismo declinaría, dado que las más profundas heridas infligidas a las naciones estaban en vías de sanar.

Los marxistas y otros socialistas radicales fueron más allá. Para ellos el sentimiento nacional era una forma de falsa conciencia, una ideología generada, conscientemente o no, por la dominación económica de una clase particular, la burguesía, en alianza con lo que quedaba de la antigua aristocracia, usada como un arma en la retención y promoción del control de clase de la sociedad que, a su vez, descansaba en la explotación de la fuerza de trabajo del proletariado. A su debido tiempo los trabajadores, cuyo proceso de producción inevitablemente se organizaría en una fuerza disciplinada de creciente tamaño, conciencia política y poder, derribaría a sus opresores capitalistas, debilitados, como lo serían, por la criminal competencia entre ellos mismos que socavaría su capacidad para la resistencia organizada. Los expropiadores serían expropiados, el doble de las campanas del capitalismo sonaría y con él el de toda la ideología de la cual el sentimiento nacional, la religión y la democracia parlamentaria son otros tantos aspectos particulares. Las diferencias nacionales podrían permanecer, pero serían como características locales y étnicas, sin importancia en comparación con la solidaridad de los trabajadores del mundo, productores asociados cooperando libremente en el dominio de las fuerzas de la naturaleza para el interés de toda la humanidad.

Lo que estas opiniones tenían en común era la creencia de que el nacionalismo era el producto efímero de la frustración del anhelo humano por la autodeterminación, una etapa del progreso humano debida al trabajo de fuerzas im-

personales y de las ideologías generadas por ellas. Sobre la naturaleza de estas fuerzas no están de acuerdo los teóricos, pero la mayor parte supuso que el fenómeno del nacionalismo desaparecería con sus causas, que a su vez serían destruidas por el irresistible avance de la ilustración, ya fuera concebida en términos morales o tecnológicos —la victoria de la razón o del progreso material, o de ambos— identificada con cambios en las fuerzas y relaciones de producción, o con la lucha por la igualdad social, la democracia económica y política y la justa distribución de los frutos de la tierra; con la destrucción de las barreras nacionales por el comercio mundial o por el triunfo de la ciencia o la moralidad fundada sobre principios racionales, y así la total realización de las potencialidades humanas que más pronto o más tarde serían universalmente logradas.

Ante todo esto las reclamaciones de meros grupos nacionales tenderían a perder importancia, y se unirían a otras reliquias de la inmadurez humana en los museos etnológicos. Por lo que toca a los nacionalistas de los pueblos que habían logrado la independencia y el autogobierno fueron cancelados como irracionales y, con los nietzscheanos, so-relianos, neorrománticos, descalificados. Era difícil ignorar el nacionalismo creciente después de que la unidad nacional tenía mucho de haber sido adquirida —por ejemplo el chauvinismo alemán después de 1871, o el integralismo francés o el *sacro egoísmo* italiano o la presencia de teorías raciales y otras anticipaciones del fascismo—. Nada de esto, a pesar de que fue explicado, lo advirtieron, en tanto sé, los futurólogos de finales del siglo XIX o los primeros años del XX, como algo precursor de una nueva fase de la historia humana; y esto es igualmente verdad para conservadores, liberales y marxistas. La edad de *Kriege, Krisen, Katastrophen* que, por ejemplo, predijo Karl Kautsky, él la atribuyó a causas, y la describió en términos en los que el nacionalismo, si es que aparece, figura sólo como producto secundario, un elemento en la “superestructura”. Nadie, en cuanto sé, sugirió siquiera que el nacionalismo podría dominar el último tercio de nuestro propio siglo a tal grado que muy pocos movimientos o revoluciones podrían haber tenido oportunidad de éxito si no hubieran estado codo a codo con

• CALENDARIO •

El pasado 28 de julio, José Emilio Pacheco, el amigo y autor de esta casa, recibió en el auditorio Jaime Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología e Historia, el Premio Internacional de Poesía y Ensayo Octavio Paz. En la ceremonia de entrega del galardón, el poeta enfatizó el papel civilizatorio de la lectura y el efecto nocivo de su ausencia. José Emilio Pacheco es el primer mexicano que recibe esta distinción y nos unimos a sus lectores y amigos para felicitarlo por este merecimiento a una de las obras literarias más sólidas de los últimos tiempos en la literatura hispanoamericana.



Una doble felicitación para nuestro autor y compañero, el editor y poeta Alí Chumacero, quien el pasado mes de agosto recibiera en el Palacio de Bellas Artes la Medalla de Oro que el INBA entrega desde 1993 en reconocimiento a la trayectoria de creadores eminentes. Asimismo, porque el artista recibirá, en el marco de la FIL Guadalajara, el galardón del Premio Internacional de Poesía Gatien Lapointe - Jaime Sabines, que entregan el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) y la editorial Ecrirts des Forges de Quebec. Anunciamos, además, que nuestra colección “Entre Voces”, en la cual contamos con un disco de Chumacero (*En la orilla del silencio y otros poemas*), prepara ya una edición bilingüe (español y francés) de su obra.



él, o en cualquier caso sin oponerse a él. Esta curiosa falla de visión por parte de pensadores, fuera de eso penetrantes, me parece un hecho que necesita explicación o, digamos lo menos, discusión más amplia que la que hasta aquí han obtenido. No soy ni un historiador ni un psicólogo social y no ofrezco una explicación de ello: solamente me gustaría presentar una sugerencia que podría arrojar alguna luz sobre este raro fenómeno.

III

Antes de hacerlo así sin embargo, me gustaría decir algo sobre los orígenes del nacionalismo europeo como un estado mental. No quiero decir con esto el sentimiento nacional como tal —que probablemente puede ser hallado en los sentimientos tribales de los primeros periodos de la historia registrada. Quiero decir su elevación como doctrina consciente, a la vez producto, articulación y síntesis de estados de conciencia, que ha sido reconocida por observadores como una fuerza y un arma. En este sentido el nacionalismo no parece existir en el mundo antiguo o en las edades medias cristianas. Los romanos pueden haber despreciado a los griegos, Cicerón dijo cosas infames acerca de los judíos, y Juvenal acerca de los orientales en general; pero esto es mera xenofobia. Hay un patriotismo apasionado en Maquiavelo o Shakespeare —y una larga tradición de esto antes de ellos. No quiero decir por nacionalismo un mero orgullo de genealogía —todos somos hijos de Cadmo, todos venimos de Troya, descendemos de hombres que hicieron un convenio con el Señor, brotamos de una raza de conquistadores, francos o vikingos, y gobernamos sobre la progenie de esclavos galoromanos, o celtas por derecho de conquista.

Por nacionalismo quiero decir algo más definitivo, ideológicamente importante y peligroso: es decir, la convicción, en primer lugar, de que los hombres pertenecen a un grupo humano particular, y que la forma de vida del grupo difiere de la de otros; que el carácter de los individuos que componen el grupo es formado por el grupo mismo, y no puede ser comprendido sin él, es definido en términos de territorio común, costumbres, leyes, memorias, creencias, lenguaje, expresión artística y religiosa, ins-

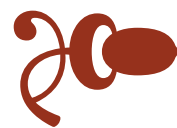
tituciones sociales, formas de vida, a lo cual algunos añaden herencia, parentesco, características raciales; y que son estos los factores que forman a los seres humanos, sus propósitos y sus valores.

En segundo término, que el patrón de vida de una sociedad es similar a la de un organismo biológico; que lo que este organismo necesita para su desarrollo propio, que lo que aquéllos más sensibles a su naturaleza articulan en palabras o imágenes u otras formas de expresión humana, constituye sus metas comunes; que estas metas son supremas; que en casos de conflicto con otros valores, los cuales no se derivan de los fines específicos de un “organismo” específico —intelectual o religioso o moral, personal o universal—, estos valores supremos deben prevalecer, dado que sólo así la decadencia y la ruina de la nación será evitada. Más todavía, que citar tales valores como vida orgánica es pretender que no pueden ser artificialmente formados por individuos o grupos, pese a lo dominante de sus posiciones, a menos que ellos mismos estén penetrados por estas formas de desarrollo histórico de actuar y de pensar y de sentir, pues son estas formas de vida mentales y emocionales y físicas de enfrentar la realidad, por encima de todas las formas en que los seres humanos tratan uno con otro, lo que determina cualquier otra cosa y constituye el organismo nacional —la nación— ya sea que tome la forma de Estado o no la tome. De lo cual se concluye que la unidad humana esencial en que la naturaleza del hombre se realiza totalmente no es lo individual o la asociación voluntaria que puede ser disuelta o alterada o abandonada a voluntad, sino la nación; que es a la creación y mantenimiento de la nación que las vidas de las unidades subordinadas, la familia, la tribu, el clan, la provincia, deben estar obligadas, pues su naturaleza y propósito, lo que es frecuentemente llamado su sentido, se derivan de su naturaleza y sus propósitos; y que éstas son reveladas no por el análisis racional, sino por una sensibilidad especial, que no necesita ser absolutamente consciente de la relación única que ata a los seres humanos individuales dentro del todo orgánico, indisoluble e inanalizable, que Burke identificaba con la sociedad, Rousseau con el pueblo, Hegel con el Estado, pero que para los nacionalistas

es y sólo puede ser, la nación, cualquiera que sea su estructura social o forma de gobierno.

En tercer término, esta perspectiva comprende la noción de que las más forzadas razones, tal vez la que más obliga, para sostener una creencia particular, perseguir una política regular, servir un fin particular, vivir una vida particular, es que estos fines, creencias, políticas, vidas, sean *nuestras*. Esto equivale a decir que estas reglas o doctrinas o principios deberían ser seguidos no porque conduzcan a la virtud o a la felicidad o a la justicia o a la libertad, o sean ordenados por Dios o la Iglesia o el príncipe o el parlamento o alguna otra autoridad universalmente reconocida, o sean buenos o correctos en sí mismos, y por lo tanto válidos por su propio derecho, universalmente, para todos los hombres en una situación dada; más bien deben ser seguidos porque estos valores son de *mi* grupo —para los nacionalistas de *mi* nación; estos pensamientos, sentimientos, este curso de acción, son buenos o correctos—, y yo alcanzaré la plenitud y la felicidad identificándome con ellos, porque son demandas de la forma particular de la vida social dentro de la que he nacido, a la cual estoy conectado por la miriada de hilos de Burke, que alcanzan al pasado y al futuro de mi nación, y lejos de los cuales soy, para cambiar la metáfora, una hoja, una ramita rota del árbol, lo único que le puede dar la vida; de modo que si me separo de él por la circunstancia o mi propia voluntad, quedaré sin norte, me marchitaré, quedaré, en el mejor de los casos, con recuerdos nostálgicos de lo que alguna vez fue estar verdaderamente vivo y activo, desarrollando esa función dentro del patrón de la vida nacional, comprendiendo aquello único que le dio sentido y valor a todo lo que fui y lo que hice.

Traducción de Hero Rodríguez Toro



La sociedad plural y sus enemigos

Isaiah Berlin

En el siguiente texto, fragmento de una entrevista realizada por el filósofo Steven Lukes, Berlin da cuenta de uno de los temas que le dieron notoriedad mundial: el valor del pluralismo. Según Berlin, el pluralismo es constitutivo de nuestro universo moral más que resultado de un error intelectual a ser rectificado por una teoría o sistema de pensamiento mejor. Esta idea del pluralismo distingue a Berlin de otros filósofos liberales contemporáneos. A pesar de que él defiende los principios liberales, siempre criticó los ideales y métodos racionalistas e iluministas que virtualmente han guiado a todo el pensamiento liberal. En este sentido, Berlin es hoy particularmente importante porque su defensa del liberalismo político está lejos de ser abstracta o ahistórica o insensible a los valores de la comunidad.

ISAIAH BERLIN: Cuando propuse por primera vez la idea del pluralismo de los valores, hace mucho tiempo, no había leído una sola página de Weber. No tenía idea de que él hubiera dicho estas cosas. La gente me dice a menudo que ha sido seguramente Weber el primero en sostener el pluralismo de los valores. Yo respondo que no tengo dudas, pero que no tenía idea.

STEVEN LUKES: Con todo, la idea del pluralismo de los valores deriva de Nietzsche, al menos en lo que respecta a Weber.

I. B.: Lo sé, pero yo he propuesto esta tesis de manera totalmente independiente, sin referirme en algún modo a Nietzsche o a Weber.

S. L.: Pero de la tesis del pluralismo de los valores usted ha extraído conclusiones liberales.

I. B.: Pero, ¿qué sostenía Weber con respecto a estos conflictos entre las culturas?

S. L.: Ciertamente, Weber sostenía que se debía tomar posición, pero de esta opinión no derivaba aquel tipo de

conclusiones generosas, humanitarias y liberales que usted busca derivar.

I. B.: ¿Qué sostenía por el contrario?

S. L.: Weber se vuelve un ardiente nacionalista.

I. B.: De acuerdo, pero, ¿cuál era su posición?

S. L.: Sostenía que en última instancia es necesario tomar posición.

I. B.: Como Carl Schmitt. Se trata de expresar una preferencia. No estoy en desacuerdo ni siquiera sobre esto. También yo lo creo.

S. L.: Pero usted sostiene que hay este enfrentamiento, esta diversidad de fines últimos, esta incompatibilidad entre valores últimos. Incluso sostiene que algunos valores son inconmensurables. Y a pesar de todo, sostiene que estos valores pueden ser objeto de transacción.

I. B.: He sido criticado por haber sostenido esto; por ejemplo, por Perry Anderson y por los marxistas. Puedo explicar mi posición, pero quisiera primero desarrollar algunas otras consideraciones. Creo que el número de los fines que los seres humanos pueden buscar para su realización no es ilimitado. En teoría puede ser infinito, pero en la práctica los seres humanos no serían tales si así fuera. El número de los valores humanos es finito.

RELATIVISMO

S. L.: Por lo tanto, el número de los valores humanos está limitado por el vínculo de la recíproca inteligibilidad.

I. B.: El número de fines que las personas pueden realizar, permaneciendo todavía los seres humanos plenamente desarrollados, así como nosotros los concebimos es, digamos, 92 o 67, o 41; pero no es un número infinito. Ahora bien, si la gente busca realizar valores distintos a los míos, o incluso si una cultura se inspira en unos valores distintos a los míos o a lo que los alemanes lla-

El mes pasado murió en São Paulo, a los 73 años de edad, Haroldo de Campos, una de las figuras más notables de la literatura brasileña y latinoamericana del siglo xx.

El ganador en 1999 del Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo, nació en 1929 en São Paulo, y encabezó en la década de los años cincuenta, junto con su hermano Augusto de Campos y Décio Pignatari, a aquella vanguardia brasileña de repercusión internacional: la poesía concreta, que continuaba la línea de poetas como Oswald de Andrade y se proclamaba como antídoto contra la poesía de la generación anterior en el Brasil.

Autor de libros como *Ajedrez de estrellas*, *Galaxias* y *Crisantempo*, Haroldo de Campos fue un traductor incansable que llevó al portugués, desde su lengua original, a Homero, Dante, Matsuo Basho, Goethe, Ezra Pound y Octavio Paz, entre otros.



El próximo 29 de noviembre se entregará el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, que este año recibirá el escritor brasileño Rubem Fonseca. El escritor, nacido en 1925, es uno de los autores más respetados en su país. De entre su obra destaca: *Vastas emociones y pensamientos imperfectos* (1988) y *Agosto* (1990).



De entre los festejos para los centenarios que este año se cumplen, destacan la lectura de poesía que, en honor de Xavier Villaurrutia, se llevó a cabo el 3 de agosto pasado en la sala Manuel M. Ponce del Museo Nacional de Bellas Artes. Dicha sesión corrió a cargo de Carlos Monsi-



YO (el día que
muñó Picasso)

man mi *Kulturkreis*, mi cerca cultural, puedo igualmente comprenderlos, porque son valores compatibles con la naturaleza de un ser humano plenamente desarrollado. Pero algunos valores no son compatibles, están fuera de mi horizonte. El hecho de que haya límites a la inteligibilidad de los valores significa para mí que puedo comunicarme con aquellos que buscan tales valores. Asimismo, significa que puedo imaginar cómo hubiera podido buscar realizar esos valores, como si hubiera vivido en el lugar, el tiempo y del modo en el que vivían aquellas personas. O bien, puede suceder que me dé cuenta de que no hubiera en absoluto buscado realizarlos, que ahora rechazo esos valores y quizá los hubiera rechazado también entonces, en favor de valores alternativos. Pero al menos puedo entender lo que hubiera significado dedicar mi vida a la realización de aquellos otros valores: a la realización de fines que me son, por así decirlo, extraños.

S. L.: En consecuencia, la gama de los valores humanos está limitada por la recíproca inteligibilidad.

I. B.: Para mí es así. Es mejor que ponga un ejemplo de no inteligibilidad, pues de otro modo el concepto de inteligibilidad se vuelve demasiado vago. Supongamos que un hombre se ponga a pinchar a la gente con alfileres. Le pregunto: "¿por qué lo haces?" Me responde: "porque me divierte". Le pregunto: "¿te divierte hacer sufrir a la gente?" "No, no de manera particular". Esto sería un fin inteligible: puede comprender el sadismo. Entonces le pregunto: "¿pero, por qué lo haces?" Responde: "porque me gusta". "¿Pero te das cuenta que

haciéndolo, provocas dolor?" "Sí, me doy cuenta". "Pero ellos podrían hacerte lo mismo a ti". "No, porque soy más fuerte que ellos, y se los impediría". Hasta aquí ningún problema. "Pero entonces —le pregunto—, ¿por qué lo haces?" Me responde: "Me gusta hacerlo. Produce placer picar a los demás". "¿Si te diera una pelota de tenis sería lo mismo?" "Naturalmente", me responde, "sería lo mismo si hay piel humana". En este punto ya no alcanzo a comprenderlo. Hablar con un hombre para el cual infringir dolor no tiene importancia, no hace alguna diferencia, es algo absolutamente incomprensible. Le repito: "infringir dolor", y me responde: "¿qué hay con ello?, ¿por qué me lo dices?" Significa que no vivimos en el mismo mundo: para mí es un loco. La gente que se encuentra en este género de estado mental debe recluirse en un manicomio, no en prisión.

S. L.: Llegados a este punto, ¿piensa usted que los límites de la inteligibilidad —de lo que puede considerarse inteligible— están predeterminados o, por el contrario, considera que el estudio de otras culturas pueda expandir la gama de los valores que pueden ser inteligibles?

I. B.: Naturalmente, el estudio de las otras culturas puede ampliar, y de hecho lo hace, esta gama.

S. L.: No obstante, existen límites a la inteligibilidad.

I. B.: El valor del conocimiento del pasado y del estudio de las otras culturas se encuentra en el entender más, con lo que es posible entendernos mejor a nosotros mismos.

S. L.: El estudio de las otras culturas no permite solamente entender más sino que también amplía el ámbito de lo que puede ser inteligible.

I. B.: Sí. Puedes entender algo que anteriormente no entendías. Un hombre inteligente puede explicarte algo, e inesperadamente entiendes algo que antes te resultaba oscuro, o incluso sin sentido.

S. L.: Por lo tanto, ¿el número de los valores potencialmente incompatibles puede crecer con el tiempo?

I. B.: En principio sí, pero sostengo igualmente que el número de los valores es infinito, porque creo que al final siempre queda eso que llamamos "naturaleza humana". Es modificable, adopta formas diversas en culturas diversas,

pero si no hubiera una naturaleza humana, la propia noción de ser humano se volvería incomprensible.

S. L.: Estas consideraciones se refieren al número de valores potencialmente incompatibles. Pero volvamos a la cuestión de la incompatibilidad y de las conclusiones que de ahí derivan. Los problemas en realidad son dos. En primer lugar, está el de cómo usted puede afirmar que ciertos valores son incompatibles, en realidad inconmensurables, sosteniendo al mismo tiempo que es posible alcanzar un equilibrio entre ellos, o incluso una transacción. Quizá es mejor discutir antes este problema. Sin embargo, hay un segundo: ¿por qué de la posibilidad de alcanzar unas transacciones entre valores incompatibles se derivan conclusiones efectivamente liberales? Pero hablemos del primer problema.

I. B.: De acuerdo, el problema de la transacción. Es término comercial. Quizá debería usar el término "compromiso". Como quiera que sea el punto es el siguiente. Frente a un conflicto de valores, pongamos un conflicto moralmente doloroso, se puede llegar a la conclusión de que no puede haber ninguna transacción. Tomemos el caso de un hombre en la Francia ocupada por los nazis, durante la segunda Guerra Mundial. Él puede decidir unirse a la Resistencia, pero si lo hace es muy probable que su mujer, sus hijos y sus padres sean torturados por los nazis, en caso de que estos descubran su decisión. En este caso no es concebible una transacción: no se puede establecer un equilibrio por más frágil que sea entre la probabilidad de la tortura y la obligación de resistir a un régimen absolutamente malvado.

S. L.: Este es propiamente el tipo de situación sobre el cual reflexionaba Sartre.

I. B.: Sí, naturalmente. Es una elección trágica. Hay muchas posibilidades de encontrarse ante una elección trágica.

S. L.: Son los dilemas morales. ¿No es concebible alguna transacción en el caso de un dilema moral?

I. B.: Si se trata de un dilema moral lacerante no puede haber transacción alguna...

*Traducción y nota de presentación de
César Cansino*

• Fragmento tomado de *Metapolítica*

La república epidérmica

 **José Antonio Aguilar Rivera**

► Fragmento de “Dos conceptos de república”, capítulo de *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, volumen colectivo coordinado por José Antonio Aguilar Rivera y Rafael Rojas, publicado recientemente en la Sección de Obras de Historia.

¿En cuál de las ramas del árbol genealógico de la república podemos situar a las contrahechas repúblicas hispanoamericanas? Desde el punto de vista institucional, tomaron el entramado de la moderna república liberal burguesa: gobiernos electivos, separación de poderes, constituciones escritas, derechos individuales e igualdad jurídica para sus ciudadanos. Como en el caso estadounidense, el carácter *externo* de esas fundaciones no es difícil de determinar. Empero, es mucho menos claro el significado profundo del republicanismo hispanoamericano. A principios del siglo XIX “república” designó una forma de gobierno no monárquica. Y no mucho más. La pregunta obvia es: ¿por qué en esa parte del mundo dominó el significado formal? Al día de hoy, cuando la mayoría de los historiadores de la región utilizan los términos “república” y “republicanismo” se refieren a la forma de gobierno y a poco más. La república, como mera antinomia de la monarquía, se explica en parte por el ambiente político de la época. La Restauración reafirmó los principios políticos del absolutismo. Aunque las monarquías constitucionales eran posibles (Francia había hecho un intento), no eran representativas de la ola conservadora posnapoleónica.

Desde el punto de vista ideológico, el republicanismo adoptó en los diferen-

tes países de Hispanoamérica diversos significados sustantivos; son precisamente esos significados y lenguajes los que debemos rescatar y analizar.

Cuando los hispanoamericanos enfrentaron la tarea de diseñar las instituciones de sus nuevas naciones, el modelo de la república liberal ya existía. Esto es significativo, pues la mayoría de los fundadores de Colombia, Argentina y México no tuvieron que enfrentar la tarea de revisar y recrear el republicanismo de la Antigüedad. Por el contrario, los federalistas y los revolucionarios franceses tuvieron que examinar la experiencia republicana clásica —y a sus comentaristas y críticos como Maquiavelo y Montesquieu— para determinar los elementos de ese bagaje conceptual e institucional que deseaban conservar. En el proceso reconstituyeron la tradición republicana. A pesar de que la república estadounidense —caracterizada por la existencia de un gobierno representativo en un gran Estado territorial— era muy diferente de Roma o Florencia, sus forjadores no dudaron por un instante de que ese régimen *era una república*.

Los hispanoamericanos, en cambio, no tuvieron que revisar de primera mano el expediente de la república clásica. Si tenían acceso a la novísima física cuántica, entonces era una pérdida de tiempo estudiar la física newtoniana. Las repúblicas de la América hispánica nacieron en un mundo liberal: la encrucijada entre la vieja y la nueva república había quedado atrás. Por supuesto, ésta es una generalización. Como se documenta en este libro, hubo quienes vieron en el pasado de las repúblicas un modelo relevante para sus naciones. El caso de Bolívar es paradigmático en este sentido. La historia de las fundaciones de los Estados hispanoamericanos se encuentra salpicada de estos republicanos heterodoxos. Veamos, de manera breve, el caso del peruano Manuel Lorenzo de Vieda (1773-1841).

váis y José Luis Ibáñez. Nuestro reconocimiento a ambos por el amable recorrido a través del autor de *Nostalgia de la muerte* (1938), entre otros títulos memorables de Villaurrutia.



A los 83 años de edad el escritor y periodista italiano Carlo Cocchioli falleció el mes pasado en la ciudad de México, donde residía desde 1953. Autor de 32 libros traducidos a varios idiomas, era autor del FCE (*Dos veces México*, 1998) además de colaborador en varios periódicos y semanarios.



Damos puntual acuse de recibo de la revista *Estudios* del ITAM. En su edición reciente sus páginas se ocupan de la reflexión sobre la educación desde varias perspectivas, que van de la gestión municipal a los valores para el nuevo milenio. Dos artículos que comentan el fenómeno —vital ya para muchos— del internet. Otras notas hablan sobre cuestiones humanísticas y sobre la obra de Dante, además de una entrega especial de Julián Meza.



A los 40 años de su aparición, celebramos a una de las novelas más representativas de la renovación estética de los años sesenta, *Rayuela*, de Julio Cortázar, obra merecedora de más de un homenaje y de una relectura —la nuestra y la de otros entusiastas— que dan cuenta de su inusual juventud y actualidad.



Vidaurre es singular porque en 1820 citó a Maquiavelo como un autor republicano y no como el pérfido maestro del engaño. Según Ávila, Vidaurre, antiguo diputado peruano y “uno de los liberales más comprometidos con la democracia representativa”, hizo notar las anomalías en el proceso de selección de diputados representantes de América a las Cortes, por lo que pidió su anulación. Exigió que la elección “se hiciera por la población de las provincias que debían estar representadas: jamás dañó a la república —dice Maquiavelo— la autoridad constituida por el sufragio de los hombres libres”. Esta referencia es muy notable pues, como se ha dicho, en el mundo hispánico existía un claro anti-maquiavelismo. Vidaurre hacía alusión a los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, donde Maquiavelo afirma acerca del pueblo:

[...] sus elecciones de magistrados también son mejores que las de los príncipes, pues jamás se persuadirá a un pueblo de que es bueno elevar a estas dignidades a hombres infames y de corrompidas costumbres, y por mil vías fácilmente se persuade a un príncipe. Nótase que un pueblo, cuando empieza a cobrar aversión a una cosa, conserva este sentimiento durante siglos, lo cual no sucede a los príncipes. De ambas cosas ofrece el pueblo romano elocuentes ejemplos, pues en tantos siglos y en tantas elecciones de cónsules y de tribunos no hizo más de cuatro de que tuviera que arrepentirse, y su aversión a la dignidad real fue tan grande, que ninguna

clase de servicios libró del merecido castigo a cuantos ciudadanos aspiraron a ella.

La referencia a Maquiavelo no es una casualidad. En sus escritos Vidaurre recurre a él en innumerables ocasiones. Sin embargo, aun este maquiavelismo anómalo ocurre en un contexto hispánico. Los hispanoamericanos —afirma Safford— utilizaban de manera fragmentaria las ideas. No elaboraban disertaciones teóricas —como Harrington en Inglaterra— sino tomaban argumentos, ejemplos, máximas de autores clásicos, para sustentar sus opiniones y alegatos. La coherencia ideológica era lo de menos. En las obras clásicas veían un arsenal compuesto de ideas discretas y separables unas de otras, no una ideología a la manera de Pocock. Por ello podía recurrirse a una gran variedad de armas de manera oportunista. En cambio, la república, en términos clásicos, era un universo de significados, conceptos, instituciones y preocupaciones vinculados entre sí. La apropiación de los hispanoamericanos de la tradición republicana, en el grado en que existió, fue parcial.

Lorenzo de Vidaurre recurría de manera ecléctica a las ideas de Montesquieu, Rousseau, el abate Saint-Pierre, Filangieri y muchos otros autores populares de la época. Sus *Cartas americanas* pertenecen al canon del ensayo occidental. “Me distraigo como Montaigne”, escribió Vidaurre. Empero, es el uso de Maquiavelo lo que lo coloca en una categoría aparte entre los ideólogos hispanoamericanos.

A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, Vidaurre conocía bien el legado *republicano* del florentino. La cita del *Manifiesto* sobre las elecciones no es la única evidencia de ello. En sus *Cartas* afirmó: “Escribiendo Maquiavelo en la primera década de Tito Livio sobre las alabanzas que se deben a los fundadores de las repúblicas dice: ‘que los que se entregan a la tiranía no conocen cuánto pierden de fama, gloria, seguridad y quietud, y en cuánta infamia, desprecio, vituperio, peligros y turbaciones inciden’”. En la misma vena: “decía Maquiavelo: ‘la calumnia infunde miedo; el miedo hace proyectar la defensa; la defensa solicita partidarios’”.

Vidaurre comparte algunas de las preocupaciones clásicas del republica-

nismo, como la corrupción y la virtud. Así, “un pueblo corrompido —dice Maquiavelo— nunca será libre aunque perezca toda la dinastía bajo cuyo poder estuvo esclavizado. Un pueblo libre, si se corrompe, perderá su libertad, no teniendo energía suficiente para defenderla”. La corrupción es el egoísmo al que tienden por naturaleza los hombres:

Juan Jacobo Rousseau [...] conocía perfectamente el corazón del hombre. Antes que él, lo había estudiado Nicolás Maquiavelo. Ambos están persuadidos de que el interés privado ocupa más la atención de los ciudadanos que los males públicos, los efectos morales y políticos de la tiranía. Un usurpador se mantendrá en el trono si respeta las propiedades [...] yo he estudiado como ellos la historia, y he conocido que las pasiones son iguales en los pueblos según su estado de virtud y corrupción.

Vidaurre hace también eco del republicanismo cuando teme por la libertad, que es un bien precioso y en extremo frágil: “Aman todos la libertad, es cierto, pero son muy pocos los que trabajan en establecerla, y son muchos, como observa Maquiavelo, los que se ponen de parte del gobierno establecido. En él hallan una utilidad presente y segura, y en la variación y novaciones toda especie de riesgos”. La incompatibilidad entre una sociedad de jerarquías rígidas y una comunidad cívica tampoco pasó inadvertida para el peruano: “Maquiavelo me había enseñado que no habrá repúblicas donde hay rangos que sostener”.

Esta lectura no ofrecía, es necesario reconocerlo, muchas esperanzas para la América española. Las colonias habían vivido bajo el yugo de la metrópoli, y esta sujeción era un tema prominente en el discurso de los criollos independentistas. ¿Cómo podrían ser libres aquellas naciones que en 500 años no conocieron el autogobierno? Las enseñanzas del secretario florentino, reconocía Vidaurre, no eran alentadoras:

Maquiavelo en un capítulo reúne las causas que concurren para que ciertos pueblos no sepan defender su libertad. La primera, y más grande, no haber sido libres y no conocer el extenso mérito de la libertad: la segunda, la

corrupción de costumbres que siempre procuran aumentar los tiranos, la tercera, la mala aplicación del cristianismo, dándose por virtudes el consentimiento en la servidumbre, la paciencia sin límites, la baja humildad.

El argumento adquiriría una nueva gravedad en las tierras del Nuevo Mundo. Así, la teoría política republicana explicaba el origen de los conflictos intestinos y guerras civiles que aquejaron a Hispanoamérica desde su nacimiento. La libertad no se establecería de manera sosegada ahí. De esa lectura derivó un peculiar realismo: “Para asegurar la libertad —dice un gran político— es necesario que se sacrifique a los hijos de Bruto. Un pueblo que la tuvo detenida por largo tiempo, cuando violenta los obstáculos que la oprimían, no puede correr con el método suave y moderado, que una república establecida desde siglos muy remotos”.

Como hemos visto, Rousseau y los revolucionarios estadounidenses ya habían enfrentado el problema de la obsolescencia de la república. En ambas orillas del Atlántico había escépticos sobre la posibilidad de instaurar ese tipo de régimen. No es extraño, entonces, que al principio de la crisis política que finalmente conduciría a la independencia, los criollos españoles mostraran una marcada ambivalencia respecto de la república. Vidaurre no fue la excepción. Cuando la autonomía relativa era una posibilidad real, la independencia —y la república— aparecían como entelequias peligrosas. Sobre Rousseau afirmó entonces:

Se atribuye al *Contrato social* de Rousseau la causa de la insubordinación de los vasallos. Desearía que leyese las obras de este genio [...] conocerían [...] que no hay gobiernos más despóticos, más inhumanos, que las repúblicas. Cuando fue perseguido en Francia se acogió a los suizos, y le fue preciso huir inmediatamente. Federico II, que fue un déspota, le concedió asilo en sus estados. Tan cierto es en mi concepto que el peor de los reyes es menos feroz que un cónclave formado por el pueblo.

Una parte de esta desconfianza debe entenderse en el contexto del conserva-

durismo producido por la Restauración en Europa, que influyó en los hispanoamericanos. Sin embargo, también recurrían a la consabida teoría de Montesquieu sobre la imposibilidad de establecer repúblicas en grandes Estados. Así, el peruano afirmó: “Si la república helvética tenía en su simplicidad y pobreza, y en la pequeña extensión de su terreno, todos los principios para una verdadera república, la América se halla en un estado enteramente distinto”.

El problema no era sólo la dimensión, sino el anacronismo conceptual. Vidaurre escribía cuando Montesquieu ya le había propinado un duro golpe a la añoranza de la república clásica. Las críticas y objeciones del autor de *Del espíritu de las leyes* habían sido internalizadas por las élites criollas. Vidaurre repitió la crítica de Montesquieu sobre la belicosidad de los romanos: “[...] nos hallamos en el caso de la corrupción de los príncipes monárquicos señalada por Montesquieu [...] Muchos romanos fueron víctimas sin utilidad común de su fanático patriotismo. Consagrarse a los dioses infernales, arrojarse al medio de las huestes enemigas, son hechos animados por la superstición o la locura”. En el fondo concibió la libertad en términos de no interferencia y predecibilidad de la ley: “La libertad sólo consiste —como decía Montesquieu— en la seguridad que se logra bajo el amparo de las leyes. Si la ley no es más fuerte que el ciudadano, no hay libertad”.

En el caso de Vidaurre y de muchos otros ideólogos de la primera etapa de la independencia, la religión no estaba en principio reñida con la república: Rousseau y Maquiavelo erraban al manifestar animadversión hacia la religión y la Iglesia: “El cristiano es buen soldado porque no teme la muerte: es buen ciudadano, porque respeta los derechos de los demás, y no tiene un amor desordenado de sí mismo: es buen vasallo porque se le previene la sujeción a las potestades legítimas”.

La lectura de Vidaurre de Maquiavelo no es unívoca: no ignoraba que el republicano de los *Discursos* era también el autor de *El príncipe*. Sin embargo, no descartó del todo al segundo. Era también una fuente de sabiduría política. El peruano lo sabía muy bien: “¡Maquiavelo, Maquiavelo, quien no te estudia no puede acertar en la política!” Si no de

moralidad, las lecciones de *El príncipe* eran de prudencia. Así, “bueno es —dice Maquiavelo— que el príncipe tenga todas las virtudes, pero si carece de ellas por lo menos es necesario que las aparente”. De la misma manera, “[...] un pueblo que quiere ser independiente, o mudar de dinastía, jamás cede por castigos ni tormentos. Es un recurso, aunque no seguro menos expuesto, guardar la más rigurosa justicia. Maquiavelo también lo aconseja y lo enseña la razón”. No utilizar tropas mercenarias y defender sólo aquellas posiciones que las fuerzas permitían eran consejos al príncipe que podían ser rescatados con provecho.

Con todo, el Maquiavelo republicano no era completamente asimilable al consejero del príncipe. Las argucias podían ser efectivas, pero eran reprobables. Cuando Simón Bolívar se proclamó presidente vitalicio de Perú, Vidaurre lo criticó. Al hacer el recuento de sus acciones, afirmó:

En todo esto se sujetó a las reglas comunes a los usurpadores, todas enseñadas por Maquiavelo. El capítulo 20 de su libro *El príncipe* comienza por estas palabras: Hay príncipes que para mantenerse en sus Estados desarmen a sus vasallos. Entra explicando que unas veces conviene demoler las plazas, otras fortalecerlas; y sigue: si trata de unir un Estado nuevo a un Estado antiguo y hereditario del príncipe deberá desarmar a los nuevos vasallos, a excepción de aquellos que se habían declarado por él antes de la conquista. Aquí tiene U. a la letra lo que practicó Bolívar.

Vidaurre lamentaba que el Maquiavelo republicano hubiera quedado anulado por el autor de *El príncipe*: “¡Maquiavelo, Maquiavelo! Cuando no hubieses enseñado otra doctrina que la de saber usar de las calidades de León, y la Zorra con oportunidad, deberías ser tenido por el primer político de los tiempos”. Al final, y a pesar de todo, el florentino era sencillamente indispensable. “Yo siempre con mi Maquiavelo”, reconocería Vidaurre.

Fue este realismo inspirado en el Renacimiento el que lo llevó a temer a la república por excelencia: los Estados Unidos.

Concordia de vida y poesía

☞ Alí Chumacero

► El siguiente texto fue leído por su autor el 12 de agosto al recibir la Medalla de Oro Bellas Artes. La ceremonia, que celebró en Alí Chumacero 85 años de infatigable labor como poeta y editor, se realizó en el Palacio de Bellas Artes, con la participación de Elsa Cross, Marco Antonio Campos, Eduardo Hurtado y Francisco Hernández. Del mismo autor nuestra casa editorial ha publicado *Palabras en reposo* (Tezontle, 1985), *Los momentos críticos* (Letras Mexicanas, 1987), *En la orilla del silencio y otros poemas* (Entre Voces, 1997) y *Páramo de sueños* (Fondo 2000, 1997).



Antes que nada, manifiesto mi gratitud por este reconocimiento que hoy se otorga, a través de mi humilde persona, a un oficio al que he dedicado los mejores momentos de mi vida. Se reconoce así una actitud nunca desvirtuada y una vocación cuyo entusiasmo intenta darse la mano con el acierto, en que la pasión por lo imprevisto procura transformarse en formas bellas y donde el amor por la lengua castellana aspira a expresarse en páginas que pretenden perdurar.

Aun aquellos que hemos dedicado nuestro ánimo a celebrar debidamente la claridad de la vida y, a la vez, intentamos adiestrarnos en el misterio de la poesía permanecemos asombrados, equidistantes de la razón y la imaginación, pero seguros de haber elegido el quehacer que mejor se aviene con nuestra idea de concordia entre vida y poesía.

Desde la juventud, la magia de las sílabas contadas se insinúa, nos sigue, nos

acosa. Es la indefinible acompañante que empieza a estar a nuestro lado, cada vez más cerca, poco a poco más íntima, hasta sumarse finalmente a lo que somos o por lo que ambicionamos llegar a ser. En esa estricta amistad, el poeta es sólo un hombre que aprovecha la multitud de experiencias compartidas con sus contemporáneos y las apresa en sonidos que habrán de convertirse —en la conciencia de los demás— en una revelación grata al universo emocional del sentimiento. Hemos de considerar entonces que la poesía es una proyección del espíritu y una confrontación con la realidad. Resulta claro advertir que por encima de la palabra, o al menos dentro de su ámbito, se asienta nuestra condición humana.

Escribir poesía no es arar en el mar. Porque la poesía conforta, libera y enriquece, en un recinto superior, nuestras posibilidades de existencia. Y también porque revela, descubre, colma de gracia el vacío, es símbolo y al mismo tiempo crea un relación que establece vínculos singulares entre el hombre y el espacio que lo rodea. Traducir lo que presienten los sentidos, mirar hacia adentro, más allá de las superficies, conocer el tras-

fondo de los objetos, son cualidades de quien escribe poesía. Cuando el poeta, a solas, toma una pluma y dibuja en palabras su emoción, opone un dique al transcurrir del tiempo y lo torna en un río que regresa constantemente a su principio. Como la estatua asentada en la quietud, la poesía desvanece la amenaza de lo efímero, el riesgo de la desaparición, pues lo cotidiano —lo contiguo, lo que se halla cerca de nosotros, a la mano— fluye a su través transformado en una nueva realidad estable o al menos en una prolongación de la realidad existente. El poema refleja esos instantes, alegres o melancólicos, que conforman aspectos de nosotros mismos, que son piedras de nuestro edificio, que intensifican el caos de nuestros sentimientos y esclarecen nuestras miserias y nuestras cualidades.

Es todo lo que deseo expresar.



Alí Chumacero: una presencia tutelar

✎ Elsa Cross

► **Palabras leídas en la entrega de la Medalla de Oro Bellas Artes a Alí Chumacero. De la misma autora el FCE publicó recientemente *Ultramar* (Letras Mexicanas).**

Es para mí un honor y un gusto poderme sumar a las voces que hoy saludan en homenaje a Alí Chumacero.

Alí ha sido para nuestras letras, y para muchas generaciones de escritores, una presencia tutelar. Una presencia voluntariamente discreta, a veces callada, pero constante y generosa, como un cimiento invisible o una piedra angular.

Su poesía es también así. Es una poesía enigmática, de gran densidad conceptual, que en ocasiones oculta mucho más de lo que muestra y obliga al lector a leerla entre líneas o a reinventarla. Siempre me preguntaré cuál es el fondo, por ejemplo, del poema "Los ojos verdes", o de versos como éste, tan velardeano: "Un cangrejo inútil quiere ser mi disfraz".

En un ensayo sobre Manuel José Othón, Alí Chumacero señalaba cómo este gran romántico sintetizó en una docena de poemas lo que había querido decir a lo largo de su obra. Y esa misma síntesis, que es una virtud envidiable, la ha ejercido Alí en la concisión de su propia poesía.

Así, por ejemplo, un poema no recogido en ningún libro, que se titula "Ola", con resonancias inequívocas de Villaurrutia y Gorostiza, contiene en sus limpios endecasílabos toda una poética que sustentaría parte importante de su trabajo.

Si observáramos la adjetivación utilizada en la primera estrofa de este poema, donde aparecen palabras como he-

rido, imperceptible, oscuro, sosegado, amargo, oculto, doliente, ávido, podríamos hallar la descripción directa de una gama de tonos y de tópicos de la poesía de Alí.

(Y entrando en consideraciones extraliterarias, todos estos adjetivos podrían aplicarse también a la extraordinaria fotografía de Alí joven, de 23 años, bello y enigmático, a su vez, tal como lo captó Lola Álvarez Bravo en 1941.)

Pero tanto en el poeta como en el poema, dentro de esa concentración sombría, casi lunar, hay sin embargo luz y calidez. Éstas se revelan en toda su fuerza en la segunda estrofa de ese mismo poema, que aparece casi como un negativo de la primera. Aquí encontramos, a través de la adjetivación, esa otra cara, en términos como: hermosa, desnuda, iluminada, lujuriosa, ardiente, enamorada, insaciable.

Parecería que en este poema, "Ola", se desdoblara la estructura entera del primer libro de Alí, *Páramo de sueños*, cuya primera parte, que tiene como constantes, el sueño, la muerte, la navegación de la noche, contrasta con los vibrantes

poemas amorosos y eróticos de la segunda, aun los de tono más trágico. Se diría que son dos libros, pero se podrían ver también como dos alas de mariposa, asimétricas, pero sosteniendo el mismo vuelo.

Es quizá la veta de una de esas alas, la más oscura, la que me llama en especial la atención, en toda esta poesía de juventud. Por muy bella y profunda que es la poesía amorosa de Alí, me intrigan también las sombras y los reflejos que fulguran en muchos de los otros poemas. Hay uno que pertenece a la primera parte, y conjunta todos los elementos del viejo tema de Narciso, que aparecerá tangencial o directamente en otros poemas posteriores. Se llama "Espejo de zozobra" y dice:

Me miro frente a mí rendido,
escuchando latir mi propia sangre,
con la atención desnuda
del que espera encontrarse en
un espejo
o en el fondo del agua
cuando, tendiendo el cuerpo, ve
acercarse





su sombra, lenta e inclinada,
a la suprema conjunción
de dos pulsos perdidos en sí
mismos,
como doble sueño o palabra
inserta en eco hasta llegar
a la primera orilla del silencio.

Y prosigue el poema hasta los últimos versos, que dicen:

...ya mi sueño frente a mí me nombra,
ya destroza el espejo en que se guarda
y reclina su voz sobre la mía:
ya estoy frente a la muerte.

Aquí, el reflejo es la muerte; no la belleza. Seguramente Alí era muy joven cuando escribió estos versos; y algo que nunca dejará de asombrar son los jóvenes que hablan de la muerte. Esto lo refuerza otro poema de ese primer libro, "Muerte del hombre", donde la muerte también es "clara como espejo". Celebro que no haya habido aquí ningún elemento premonitorio y que hoy festejemos los 85 años de Alí, si es que es cierto lo que se pensaba en el mundo antiguo acerca de que en el reflejo estaba contenida el alma de un hombre, y que al soñarlo se estaba frente a un augurio de la propia muerte.

Pero el tema de Narciso reaparece en uno de los poemas de Alí que me parecen más perfectos, "Narciso herido", de su segundo libro, *Imágenes desterradas*. En él retoma Alí este tema —que en lo personal me interesa— y que ha sido crucial en la obra de poetas de todos los tiempos, incluido el nuestro: Paul Valéry, Rilke, Iannis Ritsos, Lezama Lima, lo han tratado, así como González Martínez y González Rojo padre, entre otros.

Alí lo aborda desde una perspectiva extraña. Tal vez en pocos poemas es tan hermético como en éste, y uno puede preguntarse muchas veces quién es el sujeto del poema, o el verdadero yo poético en este poderoso arquetipo —tanto para la poesía como para el psicoanálisis—. ¿Quién dice en el primer verso del poema "En mí condenas tu belleza"? ¿Es el reflejo, el espejo de las aguas, el doble irreal —un doble poético—, o es la muerte, la sombra, la amada?

"En mí condenas tu belleza", y el segundo verso dice: "y la inmóvil tersura de tu espejo". Entonces no es el espejo el que habla. ¿Es un reflejo vivo? Entre el rostro de Narciso y su reflejo han brotado la impecable y decadente plasticidad de Valéry, el "Narciso sin rostro" de González Martínez, o en Lezama, "la firmeza mentida del espejo" que "su puerta al cambiante pontífice entreabre".

En Alí, el tema evoluciona así: "En mí condenas tu belleza / y la inmóvil tersura de tu espejo", que da paso al espléndido tercer verso, "como la rosa equidistante y fría". ¿Es entonces una amada, no quien habla sino a quien se dirige el poeta?

En el primer libro, *Páramo de sueños*, el poema "Espejo y agua" dice:

y si al espejo miro y me reflejo
allí encuentro tus ojos, tu silencio
de cera.

En "Retorno", poema final de ese mismo primer libro, encontramos también bordeando la misma orilla:

Pensar en ti no es pensar
con alguien o con algo
sino hundirme en mí mismo
y mi principio.

Y más adelante:

Y todo vive inútilmente
adonde miro allí me encuentro
en vano espejo de mi soledad
con simulado rostro de Narciso.

Volviendo al segundo libro y al poema que mencionaba antes, "Narciso herido" parecería, en efecto, ser el yo poético el que habla a una amada que es su propio reflejo, y que dice:

...si me miraras
un viaje de ternura cercenada
y un viento de ceniza encontrarías

No es el reflejo feliz de los dos amantes, con caras de espejo reflejando una sola mirada extática y absorta, que pintó Remedios Varo, pues Alí dice al final:

Te siento fiel a mí, hundido en mi
albedrío
tan semejante imagen de mi rostro
que en mí te niegas, tú, pues yo no
existo.

¿Quién contempla a quién en el poema de Alí? No importa, en realidad, pues la amada o él se devuelven la misma imagen, pero sólo reflejan la propia soledad. El tema de Narciso da aquí un giro distinto, y Alí tal vez recurrió a esta imagen de Narciso para mostrar la imposibilidad de la unión. ¿Cuánto de esto persiste en su poesía posterior? ¿Cómo se enlaza con otros motivos poéticos? ¿En qué se transforma ese amor? Hallar las respuestas daría el tema de un extenso ensayo.

Que unos cuantos poemas escogidos casi al azar, como éstos, permitan descubrir tantas resonancias, da una idea de la riqueza de la obra poética de Alí, y de lo mucho que podemos recibir de ella con cada nueva lectura, y también lo mucho que aguarda a las generaciones jóvenes que se acerquen a ella. Por este regalo, de nuevo, nuestra gratitud y felicitaciones a Alí. También por el regalo de su amistad, de su presencia generosa y bella, de su sonrisa.



Homenaje a Alí Chumacero

a la manera de Mardonio Sinta

 **Francisco Hernández**

(De fondo, arpa veracruzana)

I

Yo no sé escribir ensayo
Ni crítica de poesía.
Por eso trepo a un caballo
Sin rienda ni altanería
Y al ratito ya me callo,
Pues me falta la energía.

II

Llegando de lo argentino
Algo entiendo del destierro.
Hay responso, hay peregrino
Y verso del *Martín Fierro*
Que me dieron el camino
De la canción donde yerro.

III

Habrá quien amor prometa
Por la prisa consumido.
Ley habrá en Acaponeta
Cuando se arraigue al sonido
De alguna línea secreta
Que insista en lo prometido.

IV

En cada pausa de Alí
Se apuesta por el retorno.
No por eso amanecí diciendo al mundo
“buon giorno”:
Mejor digan que entendí
La tempestad del trastorno.

V

A la sombra de su sombra
Siempre me voy a inspirar.
Quedarse ciego no asombra
Si es costumbre adivinar
Y si la razón escombra,
No la vuelvo a mencionar.

VI

Con tanto mar a la vista,
Mar de fondos y de cielos,
habrá que pasar revista
a quienes sufren de celos
cuando el Chumacero artista
causa por amor desvelos.

VII

La ceniza, en un jardín,
Luchaba por desnudarse.
Su lujuria era el botín
De quien, al verla mostrarse,
Se desató el corbatín
Que ya empezaba a esponjarse.

VIII

Habrá larga permanencia
Para versos tan logrados.
Alí sabe de la esencia
De sus logros recitados
Con lujo de transparencia
Y con los ojos cerrados.

IX

Vestido de grana y oro
Cruza la arena el torero.
Hay una imagen de toro
Bravo, castaño, lucero,
Que sin ser un meteoro
Ya mató a un banderillero.

X

La plaza queda vacía
Como el sueño y la espesura.
El poeta comienza el día,
Poco a poco lo inaugura
Y en fraguas de poesía
Nos regala su escultura...

• De Francisco Hernández el FCE ha publicado *Antojo de trampa*, antología poética incluida en la colección *Letras Mexicanas*, 2002. El texto transcrito aquí fue leído durante la ceremonia de entrega de la Medalla de Oro Bellas Artes a Alí Chumacero.

Un nuevo Cortés mestizo

👉 José Luis Martínez

► **Del mismo autor el FCE ha publicado, entre otros, los siguientes títulos: *Documentos cortesianos (Obras de Historia)* y *Hernán Cortés (Obras de Historia)*.**

Entre los nuevos mexicanistas franceses sobresale Christian Duverger. Comenzó hacia 1978 sus estudios con monografías sobre temas prehispánicos: el espíritu de juego, los sacrificios humanos, los orígenes y la conversión religiosa de los indios. Y en 1999 saltó a un tema más amplio y ambicioso: el arte en *Mesoamérica*. Dos años más tarde nos ofrece este *Cortés* (Fayard, París, 2001), un libro original y apasionante.

Dentro de la gran tradición de la prosa francesa, Duverger es un narrador cuya fluidez no se ve impedida por las marañas documentales. Cortés tiene una bibliografía impresionante: sus propios escritos y los de sus compañeros y jefes; los testimonios indígenas, los historiadores y cronistas de la conquista, desde Bernal Díaz hasta los contemporáneos de hoy; y anécdotas y alusiones, favorables, neutrales o feroces contra él. Nuestro autor maneja lo esencial de este repertorio que rara vez cita en su texto principal pues prefiere ponerlo en las notas que a veces traduce al francés y repite en su original. Así logra esa fluidez antes aludida. La historia de Hernán Cortés se lee como una novela de aventuras. Pero con una novedad importante. No hay buenos y malos; pues, según Duverger, Cortés se enamora de sus enemigos y se vuelve un Cortés mestizo. Los malos, en todo caso, serían el gobierno español, Carlos V y sus agentes, que impiden al héroe Cortés llevar a cabo sus acciones de mestizaje. Tal es la idea principal de esta biografía.

En lugar de los taínos, mitificados por los humanistas —dice Duverger— “existen los mexicanos: ellos encarnan otro

modelo cultural, otra forma de civilización. Librados de sus prácticas sacrificiales, pueden testimoniar genio humano. Son una alternativa” (p. 242).

La idea del capitán general es realizar un injerto español en las estructuras del imperio azteca, a fin de engendrar una sociedad mestiza. Para Cortés, no se trata, en ningún caso, de transplantar al altiplano mexicano una microsociedad castellana, una copia colonial, marchita de la madre patria. Lo cual ya se hizo en la Hispaniola y en Cuba, con el éxito conocido; en México, los españoles deberán fundirse en el molde autóctono. Pronto, por ejemplo, Cortés se empeña en aprender el náhuatl, la lengua de relación en Mesoamérica, como lengua oficial de Nueva España. Decide que en la escuela la enseñanza se dé en la lengua vernácula o en latín. En México no habrá hispanización. Aprovechando los consejos ilustrados y las lecciones particulares de Marina, Cortés parece dominar el náhuatl, aunque, en los actos oficiales, conserve a su intérprete indígena para respetar las tradiciones autóctonas (p. 243).

En las páginas siguientes, Duverger, en su entusiasmo cortesiano, hace algunas afirmaciones que me parecen difíciles de aceptar: “Tenemos pruebas de que Cortés —dice— logró la comprensión del sistema de escritura pictográfica [de los nahuas] y que hizo de él un uso realmente mestizo” (p. 244).

Toda empresa de mezcla cultural —escribe Duverger— pasa por el mestizaje de las sangres. Cortés tiene al respecto una opinión perfectamente ajustada. Concibe la emergencia de su sociedad mestiza como una maternidad. Ya que la mujer, y sólo ella, representa la fase más civilizada del mundo, puede ser investida de esta misión de confianza: engendrar el nuevo mundo. Fascinado por la mujer amerindiana a la que profesará un culto, va a imponer la mezcla de sangres haciendo que las mujeres mexicanas tengan el papel de madres de la nueva ci-

vilización. De allí su feroz oposición a la presencia de mujeres españolas en su operación de conquista (p. 249).

El retrato físico que Duverger hace de Hernán Cortés —en la página 250— es al menos sorprendente. Como de 1.70 m de altura [los antropólogos que examinaron su huesos creen que medía 1.58], bien hecho, esbelto y musculado, su rostro no es ni bello ni feo, nariz aguilina, cabellos castaños, ojos negros, de humor parejo, de conversación placentera, erudito, cultivado, diestro en el retruécano, que gusta de la fiesta sin ser juerguista, que bebe vino sin embriagarse, que sabe apreciar la buena mesa sin poner mala cara por lo frugal, es elegante y siempre bien puesto aunque vista sin ostentación; vivaz y chispeante, sin caer nunca en la pretensión. No es altivo ni despreciativo pues tiene la aptitud de saber escuchar, comprender y ser compasivo. En el fondo, es un hombre simpático y caluroso que posee gran dominio de su comportamiento. “En este cuadro caracterológico —dice Duverger— muy bien documentado, todo exceso de orden sexual no puede tener lugar. Cortés no es un libertino” (p. 250).

Respecto a este tema erótico, Duverger escribe más adelante: “En Coyoacán desde luego y después en México a partir de enero de 1524, Cortés no vive como un depravado sino como un príncipe nahua que trata con respeto y deferencia a sus numerosas esposas” (p. 252). Tres de sus hijos, hacia estos años los tendrá con mujeres indígenas. Y Duverger comenta: “Ahora, Cortés ha mezclado tres veces su sangre con las indígenas: se ha casado con el Mundo Nuevo” (p. 256).

Además de la lengua y la sangre, la cristianización de los indios es la tercera empresa del proceso del mestizaje. “Lejos de querer hacer tabla rasa del pasado pagano, el conquistador tiene muy pronto la intuición de que no habrá cristianización de México si no se captura la sacralidad de los lugares de culto indígena. Al principio, no construye iglesias sino que trans-

forma los antiguos santuarios paganos en templos cristianos [...] y cuando en Cempoala ve la tristeza de los indios ante los despojos de los ídolos de su santuario comprende que el mensaje cristiano será rechazado si no se arraiga en el antiguo paganismo [...] Para Cortés el catolicismo no es una religión de exclusión, pues su valor reside en la universalidad de su mensaje y en su esencia altruista. En la antípoda del espíritu inquisitorial, Cortés no tiene ningún escrúpulo en imponer su visión humanista del cristianismo, liberal y tolerante. En el fondo, la única verdadera condición que se exige a los indios para su conversión es que abandonen los sacrificios humanos [...] El cristianismo es también una religión sacrificial y la misa no es otra cosa que la reactualización del sacrificio de Cristo. Pero, precisamente, el paso de lo real a lo simbólico se percibe como una conquista cultural, una conquista de civilización [...] Cortés va a encontrar religiosos intelectualmente preparados al desafío mexicano [...] En su empresa lo ayudarán los franciscanos [...] En el ánimo de los evangelizadores de México existe la idea dominante de que es preciso apartarse de los españoles y de su lengua. Así pues, los Doce predicaron en la lengua vernácula. Y se acercarán a los indios expresándose en su idioma sin obligarlos a perder su cultura y a abandonar su propia lengua [...] Aunque el choque de los primeros tiempos haya sido rudo, la historia dio la razón a Hernán. Los indios adoptaron un cristianismo mestizo, suficientemente indígena para ser aceptado por los mexicanos, y suficientemente cristiano para no llegar a ser declarado cismático por el Vaticano” (pp. 256-261).

Todas las demás acciones de Cortés, en México y en España, están expuestas por Duverger con este mismo espíritu apologético. Concluyo citando un juicio de las páginas finales de este libro entusiasta: “De sicología compleja, ajena al espíritu de su tiempo, visionario, Hernán no es un conquistador ordinario. Molesta porque pertenece a los dos campos a la vez. Ajeno a todo oportunismo, es un mestizo de fe y de convicción” (p. 408).

Espero que se traduzca y publique este libro. Es una de las biografías cortesianas mejor escritas. Su visión de Cortés, positiva a toda costa, sorprenderá o encantará a sus lectores.

El Miguel Hidalgo de Castillo Ledón

☞ **Christopher Domínguez Michael**

► **El siguiente texto es un fragmento del prólogo de Miguel Hidalgo, la vida del héroe, de Luis Castillo Ledón, recientemente publicado por el FCE y la Cámara de Diputados (Obras de Historia, 2003).**

Libro de grata lectura y biografía confiable en lo esencial, *Hidalgo, la vida del héroe* se caracteriza entre las grandes obras históricas. En las encrucijadas polémicas que rodean la vida de Hidalgo, Castillo Ledón prefiere dejar correr las opiniones manidas, sin discutir la compleja situación del Padre de la Patria como jefe militar, líder político y sacerdote revolucionario. Así ocurre ante el saqueo de la Alhóndiga de Granaditas del 28 de septiembre de 1810, con la negativa del cura Hidalgo a tomar la ciudad de México a principios de noviembre de 1810 o en la polémica utilización de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe al frente del ejército insurgente. En los tres casos Castillo Ledón cree en la palabra, a menudo contradictoria, del padre Hidalgo.

De mayor interés es el examen que el biógrafo realiza de la naturaleza de las retractaciones de Hidalgo, antes de ser fusilado el 30 de julio de 1811. Castillo Ledón fue el primero en consultar minuciosamente la *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México* (INEHRM, 185) que Juan Hernández Dávalos publicó en 1878. Con el auxilio de esa documentación, Castillo Ledón llega a un fallo salomónico y acaso justo: Hidalgo se arrepintió como católico, ansioso de morir reconciliado con su Iglesia. Pero en su mensaje final no hay una renuncia política de fondo de los principios morales e intelectuales que lo habían llevado a la rebelión.

A Castillo Ledón debemos, a su vez, la primera reconstrucción legible de la larga educación intelectual de Miguel

Hidalgo, de sus tesoneros esfuerzos de ilustración, que durante la segunda mitad del siglo XVIII lo convirtieron en una personalidad que fatalmente habría de entrar en colisión con el decadente virreino borbónico. En *Hidalgo, la vida del héroe* encontramos a un párroco de Dolores más cercano a la Compañía de Jesús, cuya expulsión hubo de marcarle, que a un Voltaire que acaso ni siquiera leyó. Y muchas de las dudas de Castillo Ledón siguen vigentes, lo cual honra al biógrafo y nos obliga a leerlo con gratitud. Seguimos ignorando en qué medida Hidalgo se habría puesto “la máscara de Fernando VII” para finiquitar la dominación española de México o hasta qué punto su primer objetivo era defender en América al reino invadido en Europa por Napoleón.

Hidalgo, la vida del héroe, de Luis Castillo Ledón, fue una de las primeras biografías históricas que, dignas de ese nombre, se escribieron en el México del siglo XX. Castillo Ledón nos presentó la estampa familiar de un cura docto y provinciano que, acaso apenas superior a tantos de los criollos de su tiempo, se elevó sobre ellos para convertirse en un mito, hombre representativo y héroe a la vez. En esa construcción historiográfica Luis Castillo Ledón ocupa un lugar que nos complace devolverle.

Por lo demás, el Comité Conmemorativo del CCL Aniversario del Natalicio de Don Miguel Hidalgo y Costilla de la LVIII Legislatura del H. Congreso de la Unión, con el invaluable apoyo y prestigio editorial del Fondo de Cultura Económica, presentan *Hidalgo, la vida del héroe* en el marco del bicentésimo quincuagésimo aniversario del natalicio del prócer nacional en una coedición que tiene como finalidad difundir la vida y la obra de tan insigne héroe y de cumplir con el objetivo que esta soberanía nos ha encomendado: rendir homenaje a los hombres que nos dieron Patria y Libertad.

Miguel Hidalgo, traductor de Molière

☞ Luis Castillo Ledón

► Fragmento de *Miguel Hidalgo, la vida del héroe*, obra en dos volúmenes que la Cámara de Diputados y el FCE (colección *Obras de Historia*, 2003) ponen en circulación por estos días en edición facsimilar que conmemora el ccl aniversario del natalicio del Padre de la Patria.



La vida en los pueblos es triste y abandonada. Acostumbrado Miguel a un medio de mayor acción, tal cual era Valladolid, repara en que a pesar de su actividad, no logra hacer más fecundos sus días. Pero al correr de éstos, va hallando el modo de llenar uno a uno sus vagares.

Despiértanse en él, con fuerza, dos inclinaciones que siempre fueron suyas: el amor a la lectura y el gusto por el trato social. Para dar pasto a la primera, tiene allí su bien nutrida biblioteca; para satisfacer la segunda, no hará sino abrir las puertas de su casa.

Lee y relee los más variados libros, así los nuevos que recibe, como los que ha tiempo guarda, sin faltarle las *Gacetas* de México llegadas en cada correo semanal. Excepto los seudoescolásticos, de los cuales es enemigo, posee en sus respectivos idiomas los autores más selectos en cada rama literaria o científica, al grado de que su colección viene a ser única entre las de todos los clérigos de Nueva España.

Son sus obras y escritores predilectos, el *Tratado de auxilios* de Agustín Leblanc, la *Historia antigua de México* (en italiano) de Clavijero, verdadera y no falsa como la de Solís o Torquemada; el *Predio rústico*, poema virgiliano, del je-

suita Vanière; la *Theología Suplex* de Serry, su preferida a la de Gonet; la *Historia eclesiástica del Antiguo y del Nuevo Testamento* de fray Natal Alejandro, perseguido por la Inquisición; la *Historia eclesiástica* del abad Fleury (en francés), desfavorable a muchos papas de la Edad Media; la *Historia antigua* de Rollin, que enseña el fin que tienen los gobiernos despóticos; diversas obras de Agustín Calmet, fuente de sabiduría en materia de ciencias eclesiásticas; el *Origen, progreso y estado actual de toda la literatura* de Juan Andrés, en 10 volúmenes; las *Lecciones de comercio y de economía política* del padre Antonio Genovesi, escritor de libertades impropias de un buen teólogo; la *Historia natural* de Buffon, que enseña la grandeza del mundo; las *Causas célebres e interesantes* (en francés), recopiladas por Gayot de Pitaval, en más de 20 tomos; las obras de Cicerón, príncipe de las letras latinas; las tragedias de Racine, plenas de todas las emociones del espíritu humano; el teatro de Molière, profundo y alegre, modelo de lo cómico; las arengas de Demóstenes y Esquines (en francés), maestros de la elocuencia griega; las obras de Bossuet, el filósofo doctrinario; las *Fábulas* de La Fontaine, el "imitador inimitable", que constituye su moralista ordinario.

Como releer es estudiar, en sus obras favoritas abreva lo verdadero, lo bueno, lo bello; aprende ideas de libertad, de apego a la patria, de amor a la humanidad.

Son por lo regular los párrocos, en su época, soberbios y amantes de abusar de su poder; hacen a sus vicarios, mal pagados, desempeñar hasta papeles de criados; dedícense a dulce holganza, sacan el mayor provecho de sus cargos, inmiscúyense en la vida íntima de sus feligreses y deciden de sus acciones.

Hidalgo se aparta, desde un principio, del modo corriente de ser de los curas. Su carácter franco, comunicativo, chancero, lo hace atraer a su casa a gente de todas clases, a quienes se trata por igual, lo que da ocasión a que algún soberbio, oliscando los aires de la Revolución francesa que cruzan el océano, murmure que aquello es una "Francia chiquita".

Organiza reuniones, días de campo, bailes y toda suerte de entretenimientos. Sabe que el trato destruye severidades, lima asperezas y da cortesanía y urbanidad a hombres y mujeres.

En las noches especialmente, hace tertulias en las que se pasan las horas jugando al tresillo, al mus, a la malilla; departiendo sobre literatura, ciencias, artes, industrias; comentando asuntos políticos del día, ya del Virreino o bien de Europa, pues las *Gacetas* traen resúmenes de la Gran Revolución, la declaración de guerra hecha a Francia por Carlos IV, primero, el tratado de paz, después, y otras muchas sensacionales noticias. Se come, se toma bebidas inocentes y hasta se baila al són de la orquesta dirigida por José Santos Villa, sin que haya distinción de españoles ni indios, ni de ricos ni pobres.

Pero las veladas toman mayor atractivo cuando Miguel empieza a traducir comedias de Molière y tragedias de Racine, haciéndolas representar en su casa, original ocurrencia que nadie había tenido ni volvería a tener en su patria.

Entre varias piezas de Molière (sin faltar acaso *El avaro* y *El misántropo*) traduce y hace interpretar la obra maestra, *El Tartufo*. Era curioso que en un pueblo oscuro y en un país de ambiente asfixiante, un cura humilde pero excepcional, vertiera y llevara a escena esta comedia que ponía de realce la hipocresía humana y exhibía a la aristocracia y a miembros del clero, por lo que hubo de ser prohibida en la culta y espiritual corte de Francia, antes de que se viniese abajo. Las comedias de Molière habían sido la semilla de la Revolución francesa. Desde sus primeras representaciones en el segundo y último tercio del siglo XVII alarmaron a los cortesanos del Rey Sol, viendo que el pueblo, entre las cadenas de la esclavitud, hizo una mueca y comenzó a reír; vueltas a representar en el siglo XVIII, el pueblo siguió riendo, y el poder de los Borbones y la aristocracia empezó a bambolearse y siguió bamboleándose hasta su estruendosa caída.

En los sencillos contertulios de Hidalgo seguramente *El Tartufo* no produce ningún escándalo, toda vez que está por encima de sus intelectos. Mas el audaz traductor, oyendo reír con candidez los lances graciosos de la obra, valorizaría todo el oculto alcance que en ella había y que el auditorio no llega a comprender; robustece sus ideas y sentimientos de libertad, y quién sabe si, absorto en hondas meditaciones, trate de establecer un paralelo, al parecer extraño, entre sus ingenuos asistentes riendo con la comedia de Molière, y los aristócratas que en las salas de Versalles asistían a las representaciones de *Las bodas de Fígaro* de Beumarchais, riéndolas sin vislumbrar en ellas un relámpago de la futura tempestad revolucionaria.

Alternan con esas comedias, las tragedias de Racine. ¿Cuáles fueron sus elegidas? ¿*Andrómaca*, *Britanicus*, *Esther*, *Mitridates*, *Fedra*, *Berenice*, *Bayaceto*, *Ifigenia*, *Athalía*? Con seguridad prefiere esta última, en la que no sólo hablan las pasiones, como en ninguna otra, sino que pasan por ella hálitos de tiranías y soplos de rebeliones. Inspirada en un pasaje de la Biblia, Libro IV de los Reyes, capítulo XI, es al par grandiosa y sencilla, plena de hermosas imágenes, de interés que va desde la conmoción hasta el terror. *Athalía*, como *El Tartufo* había sido también un lejano trueno de la Revolución francesa.

Cisne

 Paloma Bravo

**Cisne de origami, semitransparente
Navega sobre los lirios
De mi jardín imperfecto.
Amablemente llévame,
Toma y torna despacio
Mis pies, ponlos
Sobre sus ojos.
Toma mis brazos,
Atraviesa sus hombros.
Vuélvenos triangulares,
Perfectos.**



Algunas obras de estos dos grandes autores fueron representadas varias veces, especialmente *El Tartufo*, por el que el cura tuvo predilección.

Y no se limitaba simplemente a traducir las obras, lo que ya de por sí era una labor que sólo un espíritu cultivado y exquisito podía realizar, sino que seleccionaba entre sus contertulios a los intérpretes, de preferencia jóvenes de uno y otro sexo; los aleccionaba; les indicaba las entonaciones debidas, infundiéndoles ardor; dirigía la trama; recomendaba los trajes apropiados; disponía el escenario, de manera digna, de acuerdo con la grandiosidad de los personajes y de aquellos remotos tiempos.

Entre los concurrentes a estas reuniones cada vez más espirituales y más animadas, en que la música, la poesía y aun la danza les daban un sello de distinción y amenidad, concurría una joven, Josefa Quintana, hermosa y de “dulce mover de ojos”, a quien parece que Hidalgo encomendaba los papeles de las principales heroínas, haciéndola su predilecta por su intuición artística. Ella ha de haber encarnado, con singular acierto, la *Andrómaca*, la *Esther*, la *Fedra*, la

Ifigenia, recitando con brío los bellos alexandrinos pareados de Racine, traducidos al castellano por el excepcional cura.

Qué lejos estaba este párroco de los vulgares curas que hacían representar en sus curatos ñoñas pastorelas y coloquios. ¡Su elevada inteligencia y su amplia cultura no podían avenirse a los engendros infantiles de esa clase de composiciones, y prefería el trato de los héroes bíblicos y de los homéridas!

Las ideas y costumbres corrientes en Francia, extendidas por Europa y hasta aceptadas y puestas en práctica por el alto clero, trascienden a América (el despertar del espíritu científico, el afán de investigar, la tolerancia religiosa que empieza a abrirse paso haciendo proclamar a Feijóo “la compatibilidad del ateísmo con la hombría de bien”, la aspiración al republicanismo) e Hidalgo, sacerdote cuyo prestigio de hombre culto y de talento cunde por todas partes, es tal vez el principal introductor de ellas al país. Los placeres sensitivos y los goces intelectuales se disfrutaban en su casa, aunque no todo es sociabilidad para él, pues gusta de retraerse con frecuencia para poder dedicarse al estudio que le da fama de sabio.

Incursiones antropológicas

👉 **Luisa Valenzuela**

► **El siguiente texto forma parte del libro *Escritura y Secreto*, publicado dentro de la colección Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes (FCE / ITESM, 2003).**

Las mujeres, quienes según la creencia popular y barrial somos incapaces de guardar un secreto, atendiendo múltiples mitologías mucho más arraigadas fuimos dueñas de los objetos más secretos del culto y por ende las custodias del Secreto.

Se sabe que fueron las mujeres quienes fabricaron las primeras máscaras para entretener y aleccionar a la tribu (José Mosé, *Máscaras animistas*, entre otros). Y si ellas inventaron las máscaras, en contrapartida fueron los hombres quienes, según Marvin Harris (“Los enigmas de la cultura”, en *Vacas, cerdos, guerras y brujas*), inventaron la guerra yendo a saquear los asentamientos cercanos. En los remotos tiempos tribales, cuando las madres privilegiaban a sus infantes hembras por una razón de lógica supervivencia genética, los hombres encontraron la forma de hacerse indispensables. Se requerían muchos vientres pero sólo unos pocos hombres sexualmente activos para asegurar la continuidad de la especie y para mantener vivo el fuego sagrado, pero con la nueva modalidad belicosa se invirtieron los papeles y la defensa de la tribu en manos de los hombres pasó a ser prioritaria.

Es ésta una condensación simplista, no hay duda, de corrientes energéticas, espirituales y civilizadoras de nuestra especie de bípedos implumes. Pero no deja de ser significativa, simbólica de algo

que aun hoy palpita en la retaguardia. Porque un día, en los diversos tiempos míticos de diversas culturas mal llamadas primitivas (o mal entendido el término) el invento femenino y el masculino entraron en colisión, como era de esperar, y los hombres, ya guerreros y envalentonados, se apropiaron de las máscaras, las llevaron al monte para volverlas feroces con dientes y garras y sangre de animales y con ramas quemadas, y regresaron al claro a aterrorizar a mujeres y niños impidiéndoles alejarse por esos caminos ahora del diablo.

“Tales mitos no implican únicamente antagonismo religioso entre los sexos, sino que son una forma de reconocer la superioridad original de la sacralidad femenina”, afirma Mircea Eliade en su libro *La búsqueda*.

Tamaño reconocimiento duró poco en la historia de la humanidad.

Las máscaras, ese gran invento femenino, configuran un lenguaje que el hombre supo perfeccionar en beneficio propio (y cuando digo hombre me refiero al macho de la especie, no suelo usar los llamados términos genéricos que privilegian a un género en detrimento del otro).

Michael Taussig, en *Defacement. Public Secrecy and the Labor of the Negative*, analiza el tema basándose en relatos de los *selk'nam*, los primitivos habitantes de Tierra del Fuego que tanto sorprendieron a Darwin. Sabemos que creencias similares, probables remanentes de un *illo tempore* matriarcal, abundan en Australia, Nueva Guinea, ciertas zonas de África Ecuatorial y la Amazonia. Multiterritorialidad que habla de un sentir común en el género humano.

En los tiempos que narra el mito, las mujeres de la Isla Grande de Tierra del Fuego eran quienes custodiaban el Secreto y presidían las representaciones del llamado teatro de la verdad, reservándose para sí los poderes de chamanismo y de hechicería. Eran ellas quienes controlaban la tribu porque todo lo sabían.

Conocimiento y poder siempre fueron de la mano, y por lo tanto ellas, dueñas del Secreto, esgrimían un poder absoluto e incuestionable. Los hombres no eran sólo espectadores de las representaciones que escenificaban el misterio, también se beneficiaban con ellas. La “realidad de la ilusión” del teatro de las máscaras habitadas por los espíritus servía para mantener el orden social. Hasta que cierta noche en los tiempos fueguinos —cuenta el mito— los hombres, ansiosos por adentrarse en el Secreto tan celosamente guardado, salieron a matar a todas las mujeres adultas dejando sólo con vida a las prepúberes aún no iniciadas. Y como en los otros casos, se apropiaron de las máscaras y de toda la parafernalia del teatro de la verdad, y con ellas de la hechicería. Del Secreto.

Fue en ese momento de masacre y apropiación cuando se banalizó la estructura. Y de alguna forma se universalizó: los hombres se encargaron de mantener a las mujeres en la ignorancia, las mujeres fingieron no saber, los hombres fingieron creerles y así se fue generando el llamado *secreto público*, oxímoron sólo en apariencia que define el hecho de saber lo que no debe saberse, “aquello que se conoce pero no puede ser dicho”. Para mantenerlo vigente a cada paso, quienes detentan el Secreto, y por ende el poder, deben apoyarse cada vez más en el miedo y en la violencia.

Una trampa en la que pueblos enteros han caído. La implementan aún hoy las llamadas sociedades secretas en África Ecuatorial y también, como bien sabemos, los gobiernos autoritarios. “El conocimiento en sí no significa poder, es el no saber activo que se lo confiere”, para seguir citando a Taussig. He aquí el corazón de la paradoja: para que el secreto sea eficaz resulta imprescindible tener conciencia de que *hay* un secreto; lo que se ignora debe hacerse presente en toda la vasta, inabarcable percepción de su ausencia.

Agua toda ésta para el molino voraz de la literatura, que aprende a extraer la máxima cantidad de jugo del Secreto y de sus acólitos, los secretos tribales. Porque exprimirlo no quiere decir agotarlo, todo lo contrario. El Secreto es autogenerativo.

El filósofo y antropólogo Cesare Poppi, en un largo ensayo titulado *Sigma! The Pilgrim's Progress and the Logic of Secrecy*, ofrece una llave para entender lo que la literatura ha sabido desde sus comienzos: "Los iniciados no aprenden sobre la existencia de un 'mundo nuevo', aprenden una forma distinta de mirar el viejo mundo desde nuevos medios interpretativos. Más que el contenido real, es el marco en estos casos lo que configura el secreto".

Al igual que para el estudioso de los sistemas de creencias africanas, para poetas, novelistas y cuentistas la cuestión no radica tanto en tratar de ver lo que el Secreto contiene (pretensión imposible), sino en ver cómo se ha constituido y para qué. Y cómo se lo simboliza por escrito.

Tomaremos entonces la máscara como lo que es, un lenguaje. Y como la hemos asociado al tema de la guerra, tomaremos también la guerra como un lenguaje, teniendo en cuenta su aspecto más digno, las llamadas artes marciales. Es factible considerar la creación literaria como un arte marcial en su capacidad de generar y aplicar estrategias. Aunque resulta más interesante cuando las estrategias surgen espontáneamente durante la escritura y no cuando forman parte de una elaboración *a priori*.

El arte de la guerra del maestro Sun Tzu, del maestro Sun Wu, que el recordado poeta colombiano Fernando Arbeláez trajo a la atención del mundo de habla hispánica, puede servir como manual del futuro escritor. Este texto anterior a la era cristiana transcurre en "un perpetuo presente que contiene el flujo del pasado y va devorando futuro" y conserva plena actualidad, explica el poeta en la introducción, debido a que el idioma chino carece de tiempos verbales. Puede decirse lo mismo de la gran literatura: más allá de los tiempos verbales, son los tiempos de lectura con sus sobreentendidos cambiantes los que van enriqueciendo las metáforas.

En *El arte de la guerra* podemos encontrar la mención de una cierta *cámara del arcano*. Sólo se habla de ella al pasar, en escorzo, dejando apenas su sombra,

Cuarteto sextante para Alí Chumacero

en sus 80 años

 **Adolfo Castañón**

**No habla la luna
Voz de mí Deseada
Hoy celebro a Alí
Al joven Chumacero**

**Ochenta sueños más
—verano y sismo—
de placeres traen
consonante ritmo**

**Dos voces cuarenta:
monumento de vida
Cuatro veces veinte:
versos más besos menos**

**¿Cómo tanto Alí
misterio tan fresco?
¿Chumacero tanto
jubiloso y sagaz?**

**Brindo por El Dandy
¡Artista! ¡Salud!
Háblanos del vino
de su lección locuaz**

**Poeta galante:
dama y escritura
—tipógrafo elocuente—
pones en cintura**

**Pule en la sombra
versos de arrayán
¡Dinos dónde ríe
solar Omar Khayam!**

• Tomado de *La campana y el tiempo* (Poemas 1973-2003), publicado en estas fechas por Hueso número ediciones (Lima, Perú).

quizá porque cualquier descripción o explicación podría violentarla, y la cámara del arcano —del Secreto— pasaría a ser una patética cámara saqueada.

Para retomar el tema de la escritura, hay sobre todo tres recomendaciones del maestro Sun Tzu que me parecen las más apropiadas: La primera, “Quienes no están conscientes de las desventajas que trae el uso de las armas tampoco lo estarán de las ventajas que éstas tienen”, nos permite pensar en las palabras como armas de doble filo, poseedoras de la dudosa cualidad de asistimos a la vez que se resisten a nosotros, sus emisores. Todo lo cual me trae a la memoria una escena de una conocida historieta argentina: ese gaucho emblemático y absurdo llamado Inodoro Pereyra, creatura de Roberto Fontanarrosa, rasgando la guitarra acaba de cantar una vidala y dice: “La compuse en un ataque de inspiración”, a lo cual su perro parlante, el Mendieta, la voz del sentido común, le contesta: “Y diga, don Inodoro, ¿la próxima vez que lo ataque la inspiración, no podría defenderse mejor?”.

Defenderse mejor, en esta guerra de la escritura que solemos convertir en un arte marcial, significa, como en el yudo o en el aikido, aprender a ceder para que la fuerza y la furia (necesarias en toda gestación literaria) del oponente se vuelva en su contra. En otras palabras, que las palabras digan lo que tienen que decir (y lo que quieren), pero usemos ese decir en beneficio del texto que vamos elaborando.

La segunda recomendación milenaria viene al caso y no requiere comentario alguno: “Las palabras humildes hacen preparaciones de guerra para avanzar. Los que hablan en forma arrogante y agresiva van a retirarse”. “En maniobras con el ejército”, se titula la sección. En la sección “El combate” leemos la tercera enseñanza que nos permite imaginar: “Deben cambiarse los colores del enemigo o mezclarlos con los propios colores. Tratar bien a los soldados y preocuparse por ellos”.

Considerando a las palabras como soldados a los cuales trataremos bien a pesar de sus filos y sus traiciones (los *lapsus*), ¿a quién tomaremos por enemigo? Dado el tema que nos convoca, propongo un imprescindible contrincante: lo inefable. Para que algo pueda ser dicho debe existir algo imposible de ser

dicho contra lo cual detenerse como ante un invisible muro. Interesante resulta entonces la propuesta de tirarle encima un bote de metafórica pintura, hecha de palabras, para denunciar al menos el lugar de su invisibilidad. Lo que me trae a la memoria cierto carnaval de Jamaica en el que el público casi pretendió linchar a un carnavalesco porque, oh, afrenta al trópico, largó a toda su comparsa vestida de blanco de pies a cabeza. La sorpresa frenó la ofensiva cuando esos cientos de figuras danzantes fueron coloreándose en el transcurso del desfile hasta acabar totalmente rojas. Un carnaval de la transformación nunca visto, inesperado discurso de compleja lectura en el cual la sangre parecería tener la última palabra.

Propongo aquí la escritura como un arte marcial, el texto como campo de batalla donde se entabla la lucha con lo inefable. Es una propuesta de tantas. Después vendrán las luchas intestinas dentro de la elaboración misma de la obra, en las cuales conviene rendirse, desplegar bandera blanca (que puede ir tiñéndose de rojo) para que la historia del Otro sea narrada. Porque muchas veces aparecen personajes inesperados, antagonistas más que protagonistas, que escapan al control de quien está escribiendo —quien creyendo poseer el texto se engaña— y mueven la trama hacia zonas insospechadas. Resulta crucial y a la vez conflictivo (ésta es la palabra) dejarse llevar por dicha fuerza, emplearla para encontrar el verdadero rumbo de la cambiante trama que no tiene por qué ser complaciente con las intenciones expresadas del autor/a.

Propongo también la escritura como máscara. ¿Qué máscara ponerse para empezar cada texto?, se preguntaba Italo Calvino en el momento de encarar “ese campo de fuerzas que es el campo narrativo”, campo magnético en verdad que convierte en antena a quien escribe y atrae para sí las más inusitadas resonancias.

La máscara también es una antena, al menos así fue considerada desde la noche de los tiempos. No soy yo quien baila con la máscara puesta, bailan los espíritus que ésta representa o atrae o mejor dicho me lleva a encarnar por el simple hecho de habérmela adosado al rostro. Por eso mismo, como mujer, como escritora, me interesa la reapropiación de las

máscaras del Secreto que nos fueron arrebatadas en el *illo tempore* del mito. Aquí, allá, en Tierra del Fuego y en todas partes. Al fin y al cabo no debemos olvidar que el vocablo *persona* tiene por origen la máscara, el *prosopon* de las tragedias griegas, el *per sonare* del teatro romano.

En un lejano viaje a Nueva Zelanda conocí en Auckland, una espléndida casa ritual maorí o *whare whakairo*, casi un parlamento donde se dirimen los conflictos de ese pueblo. Y donde aparecen, tallados en paneles de madera, los dioses de cada clan o “canoa”.

“¿Son todos dioses, todos masculinos?”, pregunté entonces. Por supuesto que no: allí al fondo —me señalaron, en la zona más oscura de la casa— está Hine-nuite-Po, la diosa de la muerte. La gran lagartija entre sus piernas es Maui, el héroe mítico, transformado en reptil a fin de deslizarse dentro del cuerpo de la diosa para arrancarle el corazón. Con el corazón de la muerte, Maui esperaba poder brindarle la inmortalidad a todos los humanos. Pero Hine-nui-te-Po, con su vagina dentada decapitó al osado héroe sumiéndonos a todos en la no menos lamentable por inevitable “costumbre de morir”, madre del Secreto por antonomasia.

La de Maui es una leyenda bastante previsible. Lo imprevisible fue lo otro, el descubrir que a veces el tiempo mítico está vivo y coleando, dispuesto a reelaborarse a cada paso. En medio de la armoniosa belleza del paisaje neozelandés alfombrado de verde, nada hacía prever que la pequeña ciudad de Hamilton cobijara a la subversión y la poesía en la persona de Hine Wirangi, alma máter del Centro de mujeres maoríes. Cuando la conocí en toda su radiante corpulencia y grises bucles rastafari, esta Hine mortal estaba abocada a una tarea de cartografía de un terreno ya olvidado: junto con otras mujeres de su grupo estaba pintando máscaras. Máscaras maoríes con los tatuajes rituales de las diosas perdidas. Porque Maui, el héroe aquel que fracasó al final con la diosa de la muerte, habiendo triunfado con las demás diosas supo despojarlas una a una de su esencia hasta sumirlas a todas en el olvido. A Mahuika, la guardiana del fuego, le arrancó sus ardientes uñas, a Muriranga-whenua, el maxilar del conocimiento, y así una tras otra.

Vocación y provocación de la escritura

 **Gonzalo Celorio**

En su flamante libro, Luisa Valenzuela recoge las disquisiciones que formuló en el seno de la Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey a propósito de su quehacer literario. *Escritura y Secreto* es un recorrido por los caminos sinuosos de su vocación, es un inventario de sus gustos literarios, es una generosa provocación a la escritura, y es, sobre todo, una poética —su poética—, emanada de cada palabra escrita y de cada palabra borrada a lo largo de la vida.

No sólo es un libro inteligente; es un libro sabio, que viene de regreso de la escritura; que recupera la excitación y las tribulaciones sufridas en el camino de ida para ofrecérselas, de vuelta, como experiencia literaria, como brecha abierta, como legado para que los que vienen detrás puedan emprender el ritual de iniciación al que la vocación por la literatura obliga. Por la última parte, que deviene taller de escritura breve, recuerda las cartas que Rilke le escribió al joven poeta Franz Xavier Kappus, en las que le advierte sin ambages que la vocación literaria es ardua; si se posee tal gracia, que al mismo tiempo es una maldición, ha de asumirse como un destino irrenunciable: “Basta con que se pueda prescindir de escribir —le dice—, para que no se tenga el derecho de hacerlo jamás”.

Cuánto lamento no haber sido uno de los destinatarios directos de las exposiciones de Luisa. Por fortuna mía y de tantos otros, este libro las contiene y las reproduce sin que pierdan su oralidad. Por lo menos a mí me parece que, al leerlo, la escucho de viva voz, con su acento porteño, claro, pero, más allá de las variaciones dialectológicas de nuestra lengua, con su tono irónico, su inflexión tantas veces sarcástica y una modulación afilada y penetrante que suscita en el interlocutor una complicidad no siempre cómoda. Es tan vivo el libro que incluso recupera la práctica del ta-

ller de escritura que siguió a las postulaciones teóricas; un ejercicio estimulante. Y útil, tanto por lo que recomienda hacer como por lo que recomienda evitar. Es una exaltación de la libertad creativa y al mismo tiempo es un llamado al rigor y a la disciplina: la combinatoria necesaria entre las potencias que Gaston Bachelard definía con los inveterados nombres de *alma* y *espíritu*, correspondientes a la imaginación y el raciocinio, la inspiración y el talento, la ensoñación y el trabajo; esto es, el equilibrio entre una imaginación suelta, capaz de zafarse de todas las ataduras que la razón le impone, de librar todos los obstáculos que la censura le tiende, de reír y volar y delirar sin cortapisa, y una disciplina severa que le permita adquirir su forma y con ello transitar al arte, porque, como decía el teórico, no hay contenidos pre artísticos. En “Otro poema de los dones”, donde da gracias al “... divino / laberinto de los efectos y de las causas / por la diversidad de las criaturas / que forman este singular universo”, Borges, tan caro a Luisa, enuncia un binomio que se aviene, como imagen, a esta necesaria integración de la libertad y la contención: da gracias “por el firme diamante y el agua suelta”. Y José Gorostiza, tras hablar del agua, de su esparcimiento, de su holgura, de su libérrimo transcurso en *Muerte sin fin*, pondera, también, el providente vaso que la contiene: “No obstante —oh paradoja— constreñida / por el rigor del vaso que la aclara, el agua toma forma”. Luisa concluye este tema diciendo que “un rigor casi científico no es el enemigo de la inspiración. Llegado el momento es su mejor amigo”.

La pasión exaltada, vívida, contagiosa por la literatura permea de la primera a la última página el libro de Luisa Valenzuela. Es una tautología manifiesta, pues habla literariamente de la literatura. En el fondo, todo texto literario es tautológico. Al escribir, el escritor, de alguna manera, escribe que escribe. Es un gra-

fógrafo, diría Salvador Elizondo. En un texto de ficción, en un poema, en un ensayo, se cifra la poética del escritor, unas veces de manera directa, como en el proverbial texto “Borges y yo”, citado por Luisa, en el que se registra el desdoblamiento entre el hombre que vive y el escritor que escribe, entre el hombre que se deja vivir para que la literatura, vampirescamente nutrida de la propia vida del autor, tenga existencia; otras, de manera indirecta: cuando Borges, para seguir con el mismo ejemplo, habla de las manchas de la piel del tigre o del juego del ajedrez, de una biblioteca o de un laberinto, no habla de otra cosa que de la escritura, metáforas del lenguaje del universo que el hombre se empeña vanamente en descifrar: el Secreto, con mayúscula, al que Luisa le dedica este libro grafográfico en el que articula su poética.

En efecto, el secreto en la literatura es el tema del libro de Luisa Valenzuela y del curso que le dio sustento. Como el deseo, que se extingue en cuanto tal apenas se consume, el secreto no puede revelarse porque pierde su condición esencial de “secrecía”. La literatura siempre guarda un secreto, que ha de quedar inviolado a pesar de nuestro esfuerzo de lector curioso y ávido por descifrarlo. Aquí se hermanan la ciencia y la literatura. “Los tiempos están cambiando —dice Luisa—, las ciencias ya no son lo que eran antes, tambalean nuestras certezas, hace ya varias décadas que los científicos hablan de la necesaria ‘bruma poética’ para acceder a los descubrimientos cada vez más desconcertantes y más aparentemente emparentados con el arte”. La ciencia avanza hacia la verdad pero nunca la alcanza. En rigor, la ciencia no puede captar la realidad; se limita a indicar la dirección y la organización intelectuales según las cuales se tiene la seguridad de que nos aproximamos a lo real. La realidad no habla; hay que interrogarla. Y lo único que se puede saber

de ella son las reacciones que sufre ante los estímulos que se le aplican. En el conocimiento científico la verdad nunca se posee, acaso porque, como quería Berkeley, el príncipe de los idealistas modernos, la realidad no existe al margen de nuestra percepción. Para decirlo nuevamente con palabras de Borges, hay que dar gracias al divino laberinto de los efectos y de las causas “por la razón, que no cesará de soñar / con un plano del laberinto”. Qué importancia cobra en este contexto la palabra *soñar*, sobre todo porque el sujeto de tamaño verbo es la razón. Y es que la ciencia, según Bachelard, “suele formarse antes sobre un sueño que sobre una experiencia y son necesarias muchas experiencias para lograr borrar las brumas del sueño”.

La consideración del secreto como rasgo pertinente de la obra literaria, podría vincularse al concepto de “obra abierta” establecido por Umberto Eco, y también con la resistencia de la palabra poética a la significación, o al menos a la significación unívoca, que la despojaría de su esencial condición poética. La idea que rige esta obra de Luisa es la de que, bien como escritores, bien como lectores, nos acercamos al secreto inmanente de la literatura con la intención de descubrir su entraña, pero, para fortuna nuestra, siempre nos quedamos en el vestíbulo de la revelación: “...de eso se trata, de arrimarse lo más cerca posible a lo inefable”. La revelación total equivaldría a la muerte de la obra literaria: cuando se conoce el misterio, se acaba la literatura y empieza el libro de autoayuda: “El Secreto con mayúscula se encuentra del otro lado de la frontera del lenguaje, la poesía lo sabe y hacia allí suele avanzar a tientas, aproximándose con enorme respeto, sabiéndolo inasible y queriéndolo así”. Quisiera recordar, a manera de ejemplo, un poema de Xavier Villaurrutia, en el que habla del secreto al mismo tiempo que pone en práctica su virginidad consustancial, el “Nocturno mar”, que termina diciendo: “Lo llevo en mí como un remordimiento, / pecado ajeno y sueño misterioso, / y lo arrullo y lo duermo / y lo escondo y lo cuido y le guardo el secreto”.

A expensas del libro de Luisa, me parece que puede establecerse cierta relación entre el secreto jamás revelado y el silencio o la ausencia. Juan Carlos Onetti, a quien cita Luisa devotamente, con fre-

cuencia describe a sus personajes por sus carencias: “no usa lentes”, “fuma sin ansiedad”, o contrarresta algunos sustantivos con adjetivos que los colocan al borde del oxímoron o la contradicción: “acariciaba a La Queca —dice de su personaje Juan María Brausen— con una lujuria distraída”. Con tales recursos va creando una suerte de semántica del silencio: lo que no se dice, lo que se escamotea, lo que se contradice y que, al igual que el secreto no revelado, cobra una profunda significación, que estriba precisa y paradójicamente, en no tenerla.

Creo que sería conveniente, con respecto a algunas consideraciones taxonómicas de Luisa, pintar ciertos matices, por ejemplo en cuanto a la diferenciación dicotómica entre las obras que podrían considerarse cerradas, como la novela policiaca, y las francamente abiertas, como la literatura fantástica. Conozco novelistas latinoamericanos que empiezan a practicar un género policiaco abierto, “si el oxímoron es tolerable”, como el mexicano Élmer Mendoza en *Un asesino solitario* o el cubano Leonardo Padura en su más reciente publicación, *La novela de mi vida*. En ellas, no se determina quién es el culpable del crimen o de la delación que las novelas plantean, pero la aproximación dubitativa a la verdad resplandece con la fuerza de una certidumbre. La literatura fantástica, según Todorov, se basa en la duda; en el equilibrio perfecto entre considerar el fenómeno insólito que se presenta, como maravilloso, es decir explicable a la luz de las reglas de otro sistema diferente al de nosotros, o como extraordinario, es decir en principio ajeno a nuestras reglas pero que acaba por encontrar explicación en ellas. La definición tiene sus bemoles, pero la ponderación de la duda adquiere, para la literatura, una dimensión epistemológica, digna de Descartes. La duda es la única certidumbre de la literatura. O, por mejor decir, su única posibilidad de convencernos, de darnos confianza. Vaya paradoja. Sólo creemos en lo que dudamos. Por lo contrario, la certidumbre nos da desconfianza, la desconfianza atávica ante el discurso impositivo o convencional o políticamente correcto o dicotómico o excluyente o reductor o subordinante al que nos enfrentamos día a día.

Flaubert dijo: “Madame Bovary soy yo.” Luisa se rebela ante semejante reapropiamiento del personaje por parte

de su autor y le opone la idea de Rimbaud de que “yo es otro”. Ya Freud se había encargado de demostrar, para agravio de la vanidad humana —el tercer agravio, después de la teoría heliocéntrica de Galileo y de la teoría de la evolución de las especies de Darwin— que el ser humano posee otro yo, el inconsciente, que lo determina pero sobre el cual la conciencia no ejerce ningún dominio. Ese otro nuestro es el que descubrimos en el texto literario. Además de pensar en el paradigmático texto de Borges al que alude Luisa —“Borges y yo”—, recuerdo un espléndido poema del colombiano Darío Jaramillo que da cuenta de la otredad propia, y que me permito reproducir aquí:

Ese otro que también me habita,
acaso propietario, invasor quizás
o exiliado en este cuerpo
ajeno o de ambos,
ese otro a quien temo e ignoro, felino
o ángel,
ese otro que está solo siempre que
estoy solo, ave o demonio,
esa sombra de piedra que ha crecido
en mí adentro y en mí
afuera,
eco o palabra, esa voz que responde
cuando me preguntan
algo,
el dueño de mi embrollo, el
pesimista y el melancólico y el
inmotivadamente alegre,
ese otro,
también te ama.

De los cuatro escritores en que se entretiene Luisa para hablar de las diferentes ventanas por donde atisbar el secreto, me restrinjo a comentar el caso de Julio Cortázar. Si el enorme Cronopio generó complicidades con cada uno de sus lectores al grado tal de que cada uno de ellos se siente el exclusivo beneficiario de sus textos, es maravilloso encontrar una afinidad tan grande entre uno y otro lector de Cortázar: ciertamente hemos atravesado los mismos puentes que la obra de Cortázar tiende y somos miembros *ex-officio*, por lectores amorosos, de ese Club de la Serpiente de los personajes de *Rayuela* y, para utilizar una imagen del propio Julio, algo tenemos de hormigas que se frotran las antenas al pasar. Luisa habla de Alina Reyes, la protagonista —¿o debería decir las protagonis-

tas?— del cuento “Lejana”, en el que dos personas atraviesan el mismo puente en sentido opuesto para fusionarse en una sola identidad. Habría que mencionar tantos puentes más: el *Pont des Artes* donde se encuentran la Maga y Oliveira, el puente innecesario que construyen lúdicamente Traveler y Oliveira para unir sus departamentos separados por una calle; el puente entre los lados de acá y los lados de allá, entre el piso de arriba y el piso de abajo, entre los cronopios y los famas, entre el cuento y el poema, entre el autor y el lector, entre un lector y una lectora. El *entre*, lo que decía Octavio Paz a propósito de la poesía de Xavier Villaurrutia y que pudiera aplicarse a la fenomenología de los puentes de Cortázar y a la obra de Luisa y a la potencia de lectura que suscita:

El *entre* no es un espacio sino lo que está entre un espacio y otro; tampoco es tiempo sino el momento que parpadea entre el antes y el después. El *entre* no está aquí ni es ahora. El *entre* no tiene cuerpo ni substancia. Su reino es el pueblo fantasmal de las antinomias y las paradojas. El *entre* dura lo que dura el relámpago. A su luz el hombre puede verse como el arco instantáneo que une al esto y al aquello sin unirlos realmente y sin ser ni el uno ni el otro —o siendo ambos al mismo tiempo sin ser ninguno. El hombre: dormido despierto, llama fría, copo de sombra, eternidad puntual...

Mi homenaje a Luisa Valenzuela por la publicación de este libro que nos coloca en las orillas mismas del secreto sin revelarlo nunca.



Imágenes de José Luis Cuevas

✎ **Fernando Benítez**

► **El siguiente texto es un fragmento del artículo de Fernando Benítez incluido en Museo José Luis Cuevas (FCE / SEP / DDF / Banca Serfín, 1992), que ahora reproducimos con motivo de la entrega —el pasado 20 de agosto— de la Medalla de Oro Bellas Artes a José Luis Cuevas.**

Recuerdo que a principios de los años cincuenta se presentó en la redacción de *México en la Cultura* un joven de 18 años que me entregó una colaboración, una más entre las muchas que llegaban al suplemento.

La leí junto con Vicente Rojo y me llamó tanto la atención que la publiqué, destacándola en primera plana. Al aparecer se produjo un gran escándalo.

Era el tiempo en que prevalecía la consigna de Siqueiros, “no hay más ruta que la nuestra”, y los tres grandes muralistas eran vistos como santones.

El ensayo se titulaba “La cortina de nopal” y, al desgarrarla, José Luis Cuevas hizo que la nueva pintura, la condenada, se afirmara.

Diferencias aparte, José Luis no se aparta mucho de sus predecesores, como Diego Rivera, rabelesiano, mujeriego, provocador de escándalos, gran conversador, bromista genial, inventor de leyendas, hombre de amores y desprecios y quien era muy torpe en los asuntos de la vida cotidiana.

Compartí con Rivera, a petición suya, la *suite* de un antiguo hotel vienés. No sabía siquiera bañarse, sobre todo en esas tinas atestadas de llaves y más semejantes a una caja fuerte. Rivera vestía a la diabla y comía en forma seme-

jante, así la delegación obrera mexicana que asistía a un congreso, al reconocer al gran maestro en un restaurante, le ofreció una lata de chiles en vinagre, y el pintor la regresó vacía. Al acostarnos en camas gemelas le preguntaba, por ejemplo, cómo había conocido a Lupe Marín y principiaba a hacerme un relato muy divertido y, de pronto, se soltaba a roncar con estrépito, cortando de modo abrupto su historia. Siempre estaba rodeado de mujeres y gente amiga o de turistas a quienes hablaba de sus banquetes antropofágicos sin dejar de pintar.

Siqueiros sabía imitar voces y también fue un relator de sucesos fantásticos que fascinaban a sus auditores.

Es cierto que José Luis lleva una vida ascética. Come basura hervida y no es afecto al vino pero es un gran charlista, un inventor de historias eróticas, un amigo de bromas, un provocador de escándalos, un autopublicista y un hombre siempre rodeado de la gente más extraña. Escritor y calígrafo que ilustra unos pocos libros escogidos, es uno de los más notables dibujantes del mundo.

Si Diego y Siqueiros legaron a México todo su patrimonio, reunido a lo largo de sus vidas, José Luis no les va a la zaga.

Para que preparara su museo se le otorgó el viejo y casi ruinoso convento de las monjas isabelinas situado en la contraesquina de la Academia de San Carlos, llamada así en honor de Carlos III, un monarca de la Ilustración.

Al dársele un edificio que alojara un museo de su obra, mucha gente protestó diciendo que se trata de un autopublicista que desea vender su obra. Esto es falso, pues las grandes ventas de Cuevas se realizan en Estados Unidos y en Europa, de modo que, en vez de ser un sacadólares es un metedólares infatigable, y el mercado local, o la gente que visite su museo, le interesan más como timbre de orgullo.

El jaguar y el chapulín

✎ Silvia Manjarrez

En una comarca escabrosa, de quebradas serranías atajadas por verdes vallecitos, al norte del estado de Oaxaca, viven todavía hoy en día los chinantecos, descendientes de fieros guerreros que eran temidos aun por los poderosos aztecas. Estos antiguos hombres de la Chinantla, es decir el lugar adonde abundan los carrizos, eran hábiles lapidarios. Fabricaban puntas de pedernal muy filosas para armar sus lanzas, que tenían la increíble longitud de más de siete metros. Cuando salían a guerrear llevaban colgado a la cintura un espejo y caminaban en fila siguiendo a su jefe, de modo que se iban mirando los que iban detrás en el espejo del de enfrente.

Por esta región corre el río Papaloapan, o río de la Mariposa, y muchos pequeños riachuelos que bajan a los valles adonde se cultivan ciruelas, higos, frescas naranjas, mamey, el aromático café y tabaco.

Ojitlán es un pueblecito encantador de calles empinadas llenas de vericuetos, con casas de adobe, casas humildes de piso de tierra, de las que se eleva ligero el humo de sus techos de madera; madera de la que hay mucha porque

crecen en la sierra cedro, encino, pino, nogal y huizache. El huizache es un arbusto espinoso que llega a medir hasta tres metros de altura, y que los chinantecos aprovechan muy bien. Comen el fruto como verdura, con las hojas alimentan al ganado, de la corteza sacan el tanino para curtir las pieles de los animales; además, de las flores que son como campanitas amarillas, se puede hacer el aceite de acacia para perfumar pomadas.

Por cierto que los chinantecos comen lo que pescan y cazan: truchas, carpas, codornices, chapulines, armadillos, jabalíes y víboras, que en su idioma tiene dos nombres, mang y mac, porque hay muchas por ahí. Usan trampas para capturar conejos y lagartos; este reptil, al que llaman goá, sale de los ríos a tomar el sol por las mañanas y es de temer el fuerte chasquido que producen sus mandíbulas poderosas, anunciando un ataque seguro.

El sistema de pesas y medidas usado por este pueblo es arcaico y resulta divertido; dicen, por ejemplo, que un chamaquito pesa lo que tres conejos.

Sha Noi, un astuto cazador chinanteco vive ahí en Ojitlán, con su mujer Sha Mué y su hijo Yiu. Además de salir a ca-

zar al monte, cultiva la tierra en las faldas de los cerros y fabrica costales y reatas de fibra de maguey, que vende los días de mercado. Es cordial y respetuoso, aunque muy callado con los extraños, como todos los del pueblo.

Sha Mué tiene fama de hacer los más bonitos huipiles, que así llaman a sus vestidos las mujeres. Los teje a mano en su telar de cintura y después los borda preciosamente con hilos de colores, imitando diseños de flores y animalitos que las mujeres chinantecas han aprendido de madres a hijas por muchas generaciones. Sha Mué luce orgullosa estas prendas en las fiestas y en las bodas del pueblo. Las voces de plata de las campanas de la iglesita anuncian el jolgorio. Con mucho alboroto se llena la plaza de gran colorido con los alegres huipiles de todas las mujeres, que contrastan con sus hermosas y gruesas trenzas negro azabache. Has de saber que las chinantecas, desde niñas, acicalan su pelo con aceite de mamey y presumen de su hermosura.

Los músicos se adornan con guirnaldas de flores recién cortadas, hacen sonar las agudas flautas de carrizo, mientras otros golpean con unos palitos las dos lengüetas del ton leu, que así llaman al tambor en su idioma. Ya al caer la tarde, se deja de escuchar la melodía monótona de las vibraciones del tambor, que es un tronco ahuecado por dentro y bellamente tallado en forma de un animal echado

El viejo Yooc es respetado por todos en el pueblo por su sabiduría y atinados consejos. Es el curandero y a todos atiende curándolos con las hierbas medicinales que su abuelo le enseñó a recolectar en el bosque; también conoce remedios contra la picadura de las serpientes venenosas y alacranes, que a veces sufren sus hermanos chinantecos.

Yiu es un chamaquito muy avisgado y vivaracho, con grandes ojos brillantes como dos capulines. Siempre busca la compañía del viejo Yooc. Ya está apren-



diendo a reconocer y recolectar las hierbas medicinales, pues su deseo es ser el curandero del pueblo cuando sea grande.

Se han ido olvidando las costumbres religiosas a lo largo de los muchos años que han pasado, desde que los antiguos chinantecos vivían por estas tierras. Sin embargo, el viejo Yooc todavía conoce algunos ritos secretos y tiene la creencia de que las cuevas, los cerros, lagos y arroyos, son sagrados. Los chinantecos son muy supersticiosos y creen que Tabayunkú es el espíritu de los cerros y que gobierna el agua y a todos los animales. Y aquí comienza nuestra historia, historia que Yooc le ha contado quién sabe cuantas veces a Yiu, que escucha curioso cada palabra como si fuera aprendiéndola de memoria.

—Ándele, no sea malito, cuénteme la historia del chapulín aquel —pidió Yiu, tumbándose en la hierba.

—Está bueno, pero mucho cuidadito con ir a interrumpirme —así comenzó Yooc.

—En una cueva rebonita, que como recuerdas en nuestro idioma chinanteco se dice tao shi, cobijada entre altísimos pinos y cedros, tenía su casa una familia de jaguares, que es un animal muy temible. Yalé, que así se llamaba el jefe de la familia, que medía dos y medio metros de largo contando la cola, se estiró y bostezó abriendo su enorme hocico. Lamiéndose los bigotes, que se acuerda que era hora de salir a cazar algún animalito del monte para compartirlo con sus cachorros. Se encaminó al río y se dio un buen chapuzón en las frescas aguas, jugando a zarpazos con algunos inocentes pescaditos y tortuguitas que atinaron a pasar por ahí. Shae, la Señora Luna, iluminaba su camino.

—¿Qué antojito les he de llevar? —decía para sí Yalé.

Divisó a lo lejos un faisán. Y que se pone a mirar. Vio pasar a un sabroso venado, pero reconociendo al viejo Ca Nau lo dejó seguir su camino. Se movía despaciosamente; bien sabía que no había animal más feroz a lo ancho y largo de aquella serranía.

Entonces, después, sin querer tropezó con una piedra que nomás te cuento que era la casa de un chapulín. Debajo de la piedrita estaba el túnel que le servía de casa a este chiquitito animalito, que medía nomás unos tres centímetros



de largo. Ei, el chapulín, estaba por salir a almorzar algunos hongos y cochinillas.

Al tropezar, el jaguar por merito le dio un pisotón. Y luego el chapulín, el muy terco, que le reclama:

—¡Poco faltó para que me aplastaras! ¿No te fijas por dónde andas?

—¿Quién se atreve a chistar? ¿Tú, animalito? ¡Si estás diatiro chiquito!

—Estoy esperando que me compongas mi palacio —rezongó Ei, el chapulín.

—¡Ah, que tú! —gruñó el animalote desde su inmensa altura.

Ei lo miró con sus ojotes saltones y que de vuelta le dice:

—Te estás buscando muchitos problemas, te voy a dar tu merecido.

—¿Y qué me has de hacer? —le dijo el jaguar, el muy presumido.

Pues verás, el chapulín, que tenía mucha muina, lo retó a combate. Quedaron de encontrarse en el arroyo, allá donde crece el carrizo, en Mag Tá; cada uno con su gente para medir sus fuerzas.

—Órale pues, allí nos vemos las caras, para que se te quite lo malora. —dijo Ei.

Ni tantito así le daba miedo a Yalé, que estaba tan quitado de la pena. Avisó a toda su gente: al puma Yaa Cué, al venado Ca Nau, a la zorra, al coyote, al jabalí Ñi Naun y al armadillo Yuy; llamándolos con sus rugidos que retronaban por la cañada.

Entonces, luego, el animalito Ei mandó por los aires su simpático canto restregando un ala contra la otra. Oyeron su mensaje el jicote, la avispa, la abeja Mei, la pulga Míaa, la hormiga, el jején Yu y la mosquita Lu; también el cienpiés, la tarántula Jia Ma Shao y el alacrán Na.

Así se fue la noche y que llega la mañana. Tae Guec, la ranita, saludó al Señor Sol, Iyu. Pasó a toda carrera una familia de jabalíes, alborotando a las aves y a los monos, que con sus trinos, cacareos, chillidos y silbidos, rompieron el silencio del monte. Ya la voz se había corrido y que se van todos a Mag Tá, para ser testigos del combate; todos, toditos los animales de por ahí, grandes y chicos.

Desde lo alto de los árboles divisaba el búho, el lorito Goac, el clarín y el zenzontle. La ardilla Guy se asomaba curiosa, sentada en sus patitas traseras. El faisán charlaba con el pavo y la codorniz; la víbora serrana y la cascabel esperaban pacientes junto a la iguana Kee Kao, mientras el águila Mun, desde muy alto, todito lo atisbaba con su aguda vista.

Al ratito, que comienza el combate. Eran cuantiosos, ligeros y ágiles, pues verás, los insectos volaban, zumbaban, silbaban, picoteaban, trepaban, mordían; ni tantito así les daba lástima, atacaban a sus enemigos que, por ser más grandotes y pesados, torpemente intentaban defenderse. La zorra y el coyote aullaban, el puma daba zarpazos a ciegas, el venado trataba de pisotear a los animalitos con sus afiladas pezuñas; el jaguar se quejaba a puros rugidos que retumbaban como el trueno.

No duró mucho la pelea, desde que comenzó todos los animales que ahí se encontraban adivinaron que los menudos animalitos llevaban las de ganar. Y por cierto que así fue.

Ya todo atarantado, hinchado y picoteado, ni siquiera chistó el jaguar, aceptó su castigo y compuso el palacio del chapulín. Ya luego le salió al paso y que le dice:

—Vamos a ponernos en paz, ya es carmenté y aprendí mi lección: no hay enemigo chico.

Ei saltó sobre el suave lomo de Yalé y se fueron juntos, risueños y jugueteros, platicando quién sabe cuánto en su idioma chinanteco.



El Trimestre Económico y la globalización de la economía

 Sarah Babb

► Fragmento tomado del libro *Proyecto: México. Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo*, publicado este año dentro de nuestra colección *Obras de Sociología*.

Han brotado mercados por todas partes. Desde las naciones de la ex Unión Soviética hasta Sudamérica, los gobiernos han privatizado industrias estatales, eliminado regulaciones gubernamentales y liberalizado el comercio exterior. En el mundo en vías de desarrollo, estas políticas han sido realizadas por tecnócratas formados en Estados Unidos, el país al que se identifica ampliamente como la fuente del modelo de mercado que se está adoptando en todo el mundo. Mientras tanto, las profesiones de economía en los países desarrollados y en los que están en vías de desarrollo han convergido por igual hacia las normas estadounidenses de experiencia, y las escuelas regionales o nacionales de pensamiento han sido eclipsadas.

Como un caso típico ideal de elaboración tecnocrática de políticas, reformas neoliberales y ciencia económica americanizada, México ofrece discernimientos teóricos en muchos frentes. Primero, el caso mexicano muestra cómo el cambio de factores histórico-materiales puede reflejarse en los sistemas nacionales de experiencia económica. Segundo, destaca cómo puede haber diferentes procesos detrás de las reformas políticas neoliberales en los países desarrollados *versus* los países en vías de desarrollo. Y tercero, ejemplifica cómo el tipo de convergencia institucional que asociamos con el neoliberalismo y la globalización puede disfrazar realmente distintos apuntalamientos institucionales a través de escenarios nacionales, así como dife-

rentes tipos de “aprendizaje social”. Este capítulo lleva la historia de la ciencia económica mexicana a su conclusión y sugiere algunos aspectos que pueden generalizarse a otros países latinoamericanos.

LA AMERICANIZACIÓN DE LA CIENCIA ECONÓMICA MEXICANA

Durante sus primeras décadas, la profesión económica en México se caracterizó por el uso selectivo de normas internacionales de experiencia, una especie de adaptación nacionalista de la técnica extranjera. Los estudiantes de economía de la UNAM de los años cincuenta y sesenta pueden haber leído a Keynes, Smith y Marx; pueden incluso haber sido enviados a estudiar economía en Estados Unidos con becas de la universidad. Sin embargo, los principios fundamentales de la corriente neoclásica que estaba surgiendo en Estados Unidos durante esos años, nunca penetraron los muros de la UNAM, inclusive cuando el programa de estudios se volvió más técnico en los años cincuenta y principios de los sesenta.

Una mezcla de admiración y precaución hacia las ideas económicas extranjeras fue un tema recurrente entre la primera generación de egresados. Como señaló una economista mexicana de edad avanzada hace varios años: “es fácil enviar gente a estudiar a Estados Unidos; el problema es que regresan pensando que México es Estados Unidos. Yo estudié para ser una economista al servicio de mi país” (entrevista con Meyer L’Épée, 15 de julio de 1996). En su libro de consejos para “un joven economista mexicano”, Jesús Silva Herzog escribió en términos aún más fuertes que “el economista nativo de un país de la periferia... que sigue al pie de la letra... al autor extranjero... se asemeja al lacayo que gozoso y grotesco imita los finos modales de su señor”.

Hoy día, por el contrario, la ciencia económica mexicana se ha convertido en una profesión dominada por las normas de experiencia fijadas por los Estados Unidos. Las que, además, son menos relativistas de lo que eran en los días del keynesianismo, cuando el “hielo” de la economía neoclásica se había roto y proliferaban las prescripciones heterodoxas de las economías en vías de desarrollo. La corriente neoclásica principal se construye en la actualidad sobre un centro de suposiciones universalistas; como me señaló un economista del ITAM, “Una curva de demanda es la misma aquí, en China, en Estados Unidos, en Rusia y donde sea. Y cuando los precios están más altos, los productores producen una cantidad mayor, independientemente de dónde sea” (entrevista confidencial, 27 de marzo de 1996).

Una manera de medir la americanización de la profesión económica en el tiempo es trazar la trayectoria histórica de *El Trimestre Económico*, la primera y más importante revista de economía en México. *El Trimestre* depende institucionalmente del Fondo de Cultura Económica, una organización apoyada por el gobierno pero nominalmente autónoma. Durante los años cincuenta y sesenta, *El Trimestre* fue un bastión del tipo de ciencia económica avalada por la Comisión Económica para América Latina de Naciones Unidas (CEPAL), con Raúl Prebisch y otros famosos desarrollistas en su consejo editorial, junto con algunos importantes funcionarios del gobierno. Y reflejaba una profesión desarrollista en su ideología y burocrática por vocación.

Sin embargo, en 1987, hubo cambios significativos en *El Trimestre*. Su dirección fue asumida por Carlos Bazdresch, un graduado del Tecnológico de Monterrey que había seguido estudios superiores en Harvard y tenía vínculos con el gobierno de Carlos Salinas y con el Banco de México. Junto con el cambio en la

dirección, hubo una revisión total del consejo editorial, que desde entonces ha estado dominado por economistas formados en Estados Unidos y, en una extraordinaria medida, por economistas asociados al ITAM. Desde 1987 hasta 1999, 11 diferentes economistas que se habían graduado o enseñaban en el ITAM pertenecieron al consejo editorial de *El Trimestre*, en contraste con dos graduados de la UNAM —los cuales habían estudiado en el extranjero— y un puñado de gente de otras instituciones —entre ellas. El Colegio de México y el CIDE—. Además, con el tiempo, el consejo editorial incluyó una proporción creciente de economistas académicos de tiempo completo en lugar de los funcionarios públicos de la primera fase de la ciencia económica mexicana.

Por supuesto, puede objetarse que *El Trimestre Económico* no refleja el estado de la profesión económica en México, sino más bien el estado del gobierno mexicano, que promueve y apoya una versión particular de ciencia económica. Sin embargo, el punto es precisamente que la ciencia económica y el gobierno mexicano están inextricablemente entrelazados. El perfil cambiante de *El Trimestre* refleja el hecho de que los recursos del gobierno han sido canalizados hacia la perpetuación y el fomento de una disciplina neoclásica al estilo estadounidense, manteniendo así a la profesión mexicana en su forma americanizada actual. Aunque el contenido teórico de la ciencia económica mexicana puede haber cambiado de manera impresionante con el tiempo, la clientela más activa e importante de la profesión sigue siendo la misma: el Estado mexicano.

Lejos de reducir la tendencia hacia la americanización, el gobierno ha sido su más entusiasta defensor. A lo largo de la historia los funcionarios del gobierno contribuyeron a la americanización de la ciencia económica mexicana de varias maneras, desde contratar economistas formados en Estados Unidos dentro del gobierno hasta participar en la fundación y remodelación de los programas de estudios y promover el financiamiento de becas para el extranjero.

Quizás el ejemplo más dramático de ese patronazgo del gobierno y la ciencia económica americanizada ocurrió cuando un pequeño grupo de banqueros centrales reconstruyó una escuela nocturna

de segunda categoría en el mundialmente famoso bastión de la economía neoclásica conocido como el ITAM. Este inusual proyecto —para la época— se transformó en una historia de éxito profesional sumamente visible. Durante los años ochenta, una negociación satisfactoria con los mercados financieros internacionales se convirtió en una precondition necesaria, si no es que suficiente, para una política económica satisfactoria; el contar con economistas formados en Estados Unidos a la cabeza de las secretarías de Estado encargadas de las políticas fue importante para tal negociación. Como la escuela ideal de México para seguir estudios superiores en Estados Unidos, el ITAM estaba bien posicionado para beneficiarse de esta tendencia. Aunque la mayoría de los graduados en economía del instituto hicieron carrera en el sector privado, los que siguieron estudios de posgrado en el extranjero tuvieron mucho más probabilidades de trabajar en el gobierno que en empresas. La promesa de empleos en el gobierno para economistas formados en el extranjero creó, a su vez, demanda para que trabajaran como académicos en universidades privadas. Los economistas académicos forman el grupo más pequeño de los graduados en economía del ITAM, pero cuentan, en general, con una formación de posgrado de economía en el extranjero. Bajo el gobierno de Vicente Fox, los graduados del ITAM continuarán, sin duda, proliferando en los puestos de gobierno, ya que el secretario de Hacienda, Francisco Gil Díaz, es un graduado del instituto.

La lección que había que aprender del éxito del ITAM no se perdió en otros programas privados de economía, que se pusieron a imitar el formato, e incluso a contratar profesores del ITAM. Hoy día, los economistas formados en Estados Unidos dominan los cuerpos docentes de varios programas privados de economía, entre ellos, el Tecnológico de Monterrey, la Universidad Anáhuac, la Universidad Iberoamericana y la Universidad de las Américas. Los graduados de estos programas privados están disfrutando de cierto éxito dentro de la tecnocracia gubernamental mexicana, aunque el ITAM sigue siendo la institución líder. Los datos del gobierno mexicano muestran que el número de estudiantes de economía de las universidades privadas

creció a más del doble entre 1965 y 1977; en 1994, su número volvió a aumentar otra vez a aproximadamente el doble. En cambio, el número de estudiantes de economía de las universidades públicas disminuyó cerca de un tercio de 1988 a 1994, como reflejo supuestamente de las percepciones que los probables estudiantes tienen de sus posibilidades de empleo.

El Estado mexicano también contribuyó al dominio progresivo de la ciencia económica americanizada cuando los tecnócratas formados en Estados Unidos asumieron el timón del Estado después de 1982 y adquirieron el poder político para perpetuar y nutrir su propia experiencia. Un ejemplo de cómo se ejerció este poder puede encontrarse en la historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Bastión alguna vez del pensamiento desarrollista de izquierda asociado con la Universidad de Cambridge, el CIDE, una institución de financiamiento público, tuvo, a principios de los años noventa, un director vinculado con el gobierno de Salinas —la misma persona que reformó *El Trimestre Económico* en los años ochenta—. Su programa económico fue posteriormente americanizado en su totalidad y, hoy, la reputación de los graduados en economía del CIDE rivaliza con la que tienen los del ITAM.

Traducción de Ofelia Arruti





FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

• DIRECTORIO DE FILIALES •

mmichaus@fce.com.mx - ventasinternacionales@fce.com.mx

Carretera Picacho-Ajusco, 227, Col. Bosques del Pedregal, Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.

Tels.: 5227-4626, 5227-4628, 5227-4672. Fax: 5227-4698 • Página en internet: <http://www.fondodeculturaeconomica.com>

Almacén: José Ma. Joaristi, 205, Col. Paraje San Juan, México, D. F.

Tels.: 5612-1915, 5612-1975. Fax: 5612-0710

ARGENTINA	BRASIL	COLOMBIA	CHILE
Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A. Alejandro Katz	Fondo de Cultura Económica Brasil, Ltda. Isaac Vinic	Fondo de Cultura Económica Ltda. (Colombia) Juan Camilo Sierra	Fondo de Cultura Económica Chile, S. A. Julio Sau Aguayo
Sede y almacén: El Salvador 5665 1414 Capital Federal, Buenos Aires Tel.: (5411) 47771547 Fax: (5411) 47718977 ext. 19 fceak@attglobal.net info@fce.com.ar www.fce.com.ar	Sede, almacén y Librería Azteca: Rua Bartira, 351, Perdizes, São Paulo CEP 05009-000 Brasil Tels.: (5511) 36723397 y 38641496 Fax: (5511) 38621803 aztecafondo@uol.com.br	Sede, almacén y librería: Carrera 16, 80-18 Barrio El Lago, Bogotá, Colombia Tel.: (571) 5312288 Fax: (571) 5311322 fondoc@cable.net.co www.fce.com.co	Sede, distribuidora y librería: Paseo Bulnes 152, Santiago de Chile Tels.: (562) 6972644 6954843 • 6990189 y 6881630 Fax: (562) 6962329 jsau@fce.tie.cl fdechile@ctcinternet.cl distribucion@fce.tie.cl libreria@fce.tie.cl

ESPAÑA	ESTADOS UNIDOS	GUATEMALA	PERÚ	VENEZUELA
Fondo de Cultura Económica de España, S. L. Juan Guillermo López	Fondo de Cultura Económica USA, Inc. Benjamín Mireles	Fondo de Cultura Económica de Guatemala, S. A. Sagrario Castellanos	Fondo de Cultura Económica del Perú, S. A. Carlos Maza	Fondo de Cultura Económica de Venezuela, S. A. Pedro Juan Tucac Zunino
Librería México: C/Fernando El Católico, 86 Conjunto Residencial Galaxia Madrid, 28015, España Tels.: (3491) 5432904 y 5432960 Fax: (3491) 5498652 www.fcede.es jglopezfce@terra.es	Sede, almacén y librería: 2293 Verus St. San Diego, CA. 92154, Estados Unidos Tel.: (619) 4290455 Fax: (619) 4290827 bmireles@fceusa.com www.fceusa.com	Sede, almacén y librería: 6ª Avenida, 8-65, Zona 9 Guatemala, C. A. Tels.: (502) 3343351 3343354 • 3626563 3626539 y 3626562 Fax: (502) 3324213 scastellanos@fceguatemala.com vgil@ceguatemala.com hzavala@ceguatemala.com	Jirón Berlín 238, Miraflores, Lima, 18, Perú Tels.: (511) 2429448 4472848 y 2420559 Fax: (511) 4470760 carlosmazap@yahoo.com fce-peru@terra.com.pe	Sede y Librería Solano: Av. Francisco Solano entre la 2ª Av. de las Delicias y Calle Santos Ermini, Sabana Grande, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 7632710 Fax: (58212) 7632483 solanofc@cantv.net
Almacén: Vía de los Poblados, 17, Edificio Indubuilding-Goico 4-15, 28033, Madrid Tel.: 91 7632800/5044 Fax: 91 7635133 fcespvent@interbook.net			Librerías del FCE en Perú: * Berlín 238, Miraflores * Comandante Espinal 840, Miraflores * Jirón Julín 387, Trujillo	Librería Fondo de Cultura Económica: Edif. Torre Polar, P. B., local "E" Plaza Venezuela, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 5744753 Fax: (58212) 5747442

• NUESTRAS LIBRERÍAS •

ALFONSO REYES

Carretera Picacho-Ajusco 227,
Col. Bosques del Pedregal,
México, D. F.,
Tels.: 5227 4681 y 82

OCTAVIO PAZ

Miguel Ángel de Quevedo 115,
Col. Chimalistac,
México, D. F.,
Tels.: 5480 1801 al 04

EN EL IPN

Av. Politécnico esq. Wilfrido
Massieu. Col. Zacatenco,
México, D. F.,
Tels.: 5119 1192 y 2829

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Av. San Pedro 222,
Col. Miravalle, Monterrey, N. L.,
Tels.: 8335 0319 y 71

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Avenida Universidad 985,
Col. Del Valle,
México, D. F.,
Tel.: 5524 8933

JUAN JOSÉ ARREOLA

Eje Central Lázaro Cárdenas 24,
esq. Venustiano Carranza,
Centro Histórico,
Tel.: 5518 3231

UN PASEO POR LOS LIBROS

Pasaje Zócalo-Pino Suárez
del Metro,
Centro Histórico, México, D. F.,
Tels.: 5522 3016 y 78

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Av. Chapultepec Sur 198,
Col. Americana, C. P. 44140,
Guadalajara, Jalisco,
Tels.: 3615 1214
con 10 líneas

NOVEDADES Y SUGERENCIAS DE NUESTRO CATÁLOGO •

- ANTONIO ANNINO Y FRANÇOIS-XAVIER GUERRA
(COORDS.)
Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX
Obras de Historia

La figura de la nación domina toda la historia contemporánea. Admirada o criticada, la nación es la referencia imprescindible de todas las construcciones políticas modernas: una nueva manera de concebir una colectividad, una forma ideal e inédita de organización social, un nuevo modo de existir al cual pueden aspirar grupos humanos de naturaleza muy diferente. Considerada bajo este prisma, la nación moderna es una realidad nueva que irrumpe en la historia a partir de finales del siglo XVIII.

- BERNARD SICOT
Exilio, memoria e historia en la poesía de Luis Cernuda
Tierra Firme

Luis Cernuda aparece para muchos críticos e historiadores de la literatura, y se impone para los lectores, como el paradigma del poeta exiliado. Al menos eso pensaba José Ángel Valente, quien al inaugurar en El Colegio de México un coloquio sobre "Poesía y exilio", declaró que veía en Cernuda el "símbolo [...] de la gran ausencia de 1939", el poeta "que más hondamente encarnó el exilio porque lo asumió como una misión o un destino".

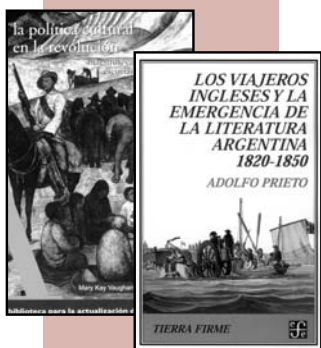
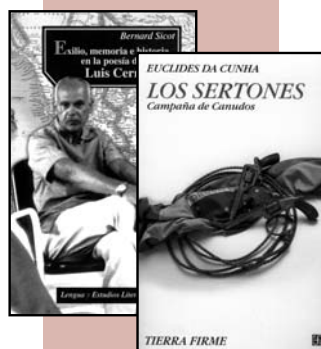
- FERNANDO CHARRY LARA
Poesía reunida
Tierra Firme

"No es perfilar en unas líneas a Fernando Charry Lara lo que aquí se pretende. Pero desde esta distancia es justo y alegre saludar el nacimiento completo de un poeta que, con perspectiva, contra el cielo de nuestra lengua se dibuja con su creciente, con su nítida personalidad. Y es un gozo saludar en él a una generación que viene a continuar con nuevos brillos una tradición de poesía ininterrumpida sobre las claras, limpias, propagadoras tierras colombianas."

Vicente Aleixandre

- MARY KAY VAUGHAN
La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México 1930-1940
Biblioteca para la actualización del maestro
FCE/SEP

Centrado en las circunstancias que rodearon al establecimiento de las escuelas rurales, este estudio ofrece un amplio panorama de lo que entonces sucedía en el campo, la concepción y el manejo de la política cultural, los caudillos estatales y locales de ese tiempo, los conflictos con los grupos étnicos, la participación y los rechazos populares a las políticas educativas y muchos otros aspectos de la vida eferescente y el nacimiento de instituciones y organizaciones populares en esos años posrevolucionarios.



- LUIS CASTILLO LEDÓN
Hidalgo, la vida del héroe
Edición facsimilar. 2 vols. Obras de Historia
FCE/Cámara de Diputados

El Comité Conmemorativo del CCL Aniversario del Natalicio de Don Miguel Hidalgo y Costilla de la LVIII Legislatura del H. Congreso de la Unión, con el apoyo editorial del Fondo de Cultura Económica, presenta *Hidalgo, la vida del héroe*, dos volúmenes en edición facsimilar que tienen la finalidad de difundir la vida y obra del Padre de la Patria para el conocimiento de las nuevas generaciones de mexicanos y mexicanas.

- EUCLIDES DA CUNHA
Los sertones. Campaña de Canudos
Tierra Firme

En 1902 arribaba a las librerías cariocas un libro titulado *Los sertones*. Su autor, Euclides da Cunha, un ingeniero militar que había sido enviado como corresponsal a la guerra de Canudos, se animaba a decir lo que nadie había dicho. Él fue el primero en revelar no sólo las atrocidades cometidas por quienes se suponían grandes héroes de guerra, sino también la verdadera realidad del interior brasileño, sumido en la miseria y el atraso. A 100 años de su primera edición, un clásico de la literatura brasileña, revisado y anotado, que renueva el debate inconcluso sobre la ciudadanía y el Estado.

- JUAN GOYTISOLO
Tradición y disidencia
Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes
FCE/ITESM

Tradición y disidencia parecería ser la divisa no sólo de la obra, sino de la actitud vital de un artista de primer orden a la vez amado y vilipendiado, provocador de multitudes que le siguen o de absurdas minorías que pueden vituperarlo declarándole absurdamente persona *non grata*. Del Arcipreste de Hita a la ruptura de esquemas de Queer Iberia, Juan Goytisolo nos conduce por los caminos de una visión del mundo que privilegia, ante todo, el riesgo como punto de partida y de llegada.

- ADOLFO PRIETO
Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850
Tierra Firme

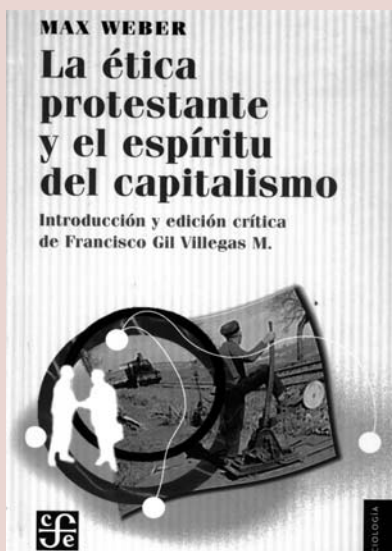
En este libro Adolfo Prieto examina, por un lado, los relatos de los viajeros ingleses que arribaron a la Argentina entre 1820 y 1835 y, por otro, las obras de Juan B. Alberdi, Esteban Echeverría, José Mármol y Domingo Faustino Sarmiento, buscando aquellas pautas que, en ambos casos, contribuyeron a la fundación de la literatura nacional argentina.

La ética protestante y el espíritu del capitalismo

MAX WEBER

EDICIÓN CRÍTICA DE FRANCISCO GIL VILLEGAS

La presente edición crítica y anotada de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* se adelanta a la que actualmente se prepara en Alemania dentro del programa de la edición crítico-integral de las obras completas de Max Weber. En 2004 se cumplirán 100 años de la publicación del primer ensayo de Weber sobre este tema y por eso han aparecido ya nuevas traducciones y ediciones en Francia, Inglaterra, España y los Estados Unidos, mismas que han sido tomadas en cuenta para la presente edición. No obstante, la edición mexicana ofrece las siguientes aportaciones: 1) compara las diferencias fundamentales entre la primera edición de 1904-1905 y la segunda edición de 1920, que fue la única traducida durante todo el siglo xx; 2) agrega varios textos de Max Weber, complementarios a los dos ensayos clásicos sobre el protestantismo; 3) contiene la primera traducción al español del *Antikritisches Schlusswort* (1910), donde Max Weber respondió por anticipado a muchas de las críticas que se le harían a su tesis a lo largo del siglo xx.



La traducción de los textos centrales, de Luis Legaz Lacambra, ha sido profusamente revisada a fin de hacerla acorde con la terminología actualmente usada por los especialistas. Los estudios introductorios del editor, tanto a la obra general como a la respuesta de Weber a sus críticos, resumen, aclaran y orientan los criterios mediante los cuales debe leerse uno de los clásicos más importantes e influyentes de la sociología occidental.

Francisco Gil Villegas M. (1953), doctor en estudios políticos por la Universidad de Oxford es, desde 1982, profesor e investigador de El Colegio de México. En el FCE ha publicado *Los profetas y el mesías: Lukács y Ortega como precursores de Heidegger* (1996).



Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Introducción y edición crítica de Francisco Gil Villegas M., FCE, 2003 (Sección de Obras de Sociología). Traducción de Luis Legaz Lacambra, revisada y corregida por Francisco Gil Villegas M.

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN GUADALAJARA:** Librería José Luis Martínez, Avenida Chapultepec Sur 198, Colonia Americana, Guadalajara, Jalisco, Tels.: (013) 3615 1214, con 10 líneas •

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN MONTERREY:** Librería Fray Servando Teresa de Mier, Avenida San Pedro 222, Colonia Miravalle, Monterrey, Nuevo León, Tels.: (018) 8335 0371 y 8335 0319 •

ORDEN DE SUSCRIPCIÓN

Señores: sírvanse registrarme como suscriptor de *La Gaceta* por un año, a partir del mes de: _____

Nombre: _____
Domicilio: _____
Colonia: _____
Ciudad: _____ C. P.: _____
Estado: _____ País: _____
E-mail: _____

• **SUSCRIPCIONES NACIONALES:** Remitir cheque a favor del Fondo de Cultura Económica por costos de envío por la cantidad de \$150.00. O, en su caso, ficha de depósito al fax (55) 5449-1827. Este depósito deberá hacerse a la cuenta No. 51908074799 del Banco Santander Mexicano, sucursal 07, plaza 001.

• **SUSCRIPCIONES AL EXTRANJERO:** Adjuntar giro postal o cheque por la cantidad de 45 dólares.

(Llene esta forma, recórtela y envíela a la dirección de la casa matriz del FCE: Carretera Picacho-Ajusco, 227; Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.)
www.fondodeculturaeconomica.com

